



ASIR

MERCEDES - URUGUAY

PECHO AL AIRE

CARTAS de UNAMUNO y LANDSBERG.

a JOSE BERGAMIN.

AVENTURA DEL HOMBRE ACTUAL *por* W. LOCKHART.

MUSICA DE LOS PAYADORES *por* CASTO CANEL.

NARRATIVA URUGUAYA 1949 *por* ARTURO S. VISCA.

LAS ESQUINAS *por* TRILLO PAYS, MAGGI y FALCO.

ANGUSTIA *por* STEPHANE MALLARME

TRES POEMAS *por* SARANDY CABRERA.

POEMA *por* RAUL PARAVIS.

MUCHACHOS *por* JUAN JOSE MOROSOLI

MI HERMANO DANIEL *por* MARIA I. SILVA VILA.

POEMA *por* CARLOS A. MOURIGAN.

DIC. **13** 1949

e 5049

PROFESIONALES

Dr. Mario Prunell

Cirujano Dentista

Consultas mañana y tarde

E. Giménez 424 Tel. 428 Mercedes

Dr. Enrique Costa Leonard

MEDICO

Consultas: de 8.30 a 9.30 y de 16 a 17

Florida 311 Mercedes

Ruben O. Borges

Médico Cirujano

Sarandí 179

Tel. 167

Dr. Zoilo Chelle

Medicina-Cirujía

Rayos X

Laboratorio, Consultorio: Roosevelt 783

Consultas de 8 a 9 y de 3 a 5

Dr. Alfredo Alambarrí

Niños

Consultas de 15 a 17 horas

Ituzaingó y Rodó

Dr. Gaspar Bianchi

Abogado

Rodó 670

Mercedes

Dr. César Guggiari

Médico Cirujano

Caaguandé 653

Tel. 1832

Consultas de 9 a 11 y de 16 a 18 hs.

Consultorio Radiológico

Laboratorio de Análisis

Dr. MELA

Sarandí 383 - Teléfono 1062 - Mercedes

Dr. Juan Carlos Viera

Abogado

Colón 176

Teléfono 482

Dr. Ernesto Copello Iglesias

ABOGADO

Rodó y 18 de Julio

Walter G. Schopfer

Escribano

Escritorio 18 de Julio y Rodó Tl. 438

Dom. Ituzaingó 463

Tl. 451

Miguel A. Olivera Ubios

ESCRIBANO

Estudio Ituzaingó 912 Tel. 1057

Eduardo Ramos

ESCRIBANO

Estudio Colón 326 Tl. 473 Mercedes

Victor A. Albert

Escribano

Támites de sucesiones, venias y asuntos judiciales

Estudio: Ferrería 782

Tel. 739

ASIR

Cercano está, mas es difícil de asir el dios Patmos - Holderlin.

DIRECTORES

REDACTORES RESPONSABLES:

WASHINGTON LOCKHART

DOMINGO L. BORDOLI



N.º 13

FUNDADORES:

H. PEDUZZI ESCUDER, M. LARNAUDIE DE KLINGER, W. LOCKHART

18 DE JULIO 353, MERCEDES, URUGUAY — DICIEMBRE DE 1949

Asir, aparece 8 veces por año

SUSCRIPCION ANUAL	\$ 3.20
SUSCRIPCION SEMESTRAL \$	1.70
NUMERO ORDINARIO....	\$ 0.45



SUMARIO

	Pág.
ENSAYOS	
PECHO AL AIRE, fragmentos recogidos por J. Bergamín.	
CARTA DE UNAMUNO	5
CARTA DE J. P. LANDSBERG.....	7
PROBLEMAS DEL PRESENTE	
AVENTURA DEL HOMBRE ACTUAL por W. Lockhart	10
SENTIDO Y ALCANCE DE LA	
MUSICA DE LOS PAYADORES por Casto Canel	15
NARRATIVA URUGUAYA 1949 por Arturo S. Visca	19
CUADERNO DE NOTAS	
LAS ESQUINAS por D. Trillo Pays. C. A. Maggi y L. Falco	22
POESIA	
ANGUSTIA por Stéphane Mallarmé	28
TRES POEMAS por Sarandy Cabrera	29
POEMA por Raúl Paravís	33
NARRACIONES	
MUCHACHOS por Juan José Morosoli	34
MI HERMANO DANIEL por María Inés Silva Vilá	39
PAGINA DEL ESTUDIANTE	
POEMA por Carlos Alberto Mourigán	46

PECHO AL AIRE

FRAGMENTOS RECOGIDOS POR JOSE BERGAMIN

Copia e continuación, estos fragmentos de una carta de Don Miguel, cuyo original guardo conmigo, milagrosamente salvado de entre otros que dejé en España. Creo que son estos párrafos, de hace poco más de veinte años (la carta lleva fecha de Hendaya, del 11 al 13 de abril de 1926, añadiendo "año tercero de la tiranía" —lo era la dictablandura primorriveresca—) proféticos de su agonía —; siempre agónico y antagonico Don Miguel!— y muerte en "la soñarrera sombría de cierto angosto gabinetito de Salamanca". Dejo a estas palabras unamnesicas que digan por sí mismas, sin comentario más que las subraye, la verdad de nuestro Don Miguel. — J. B.

Sr. D. JOSE BERGAMIN
M A D R I D

Se acerca tu hora ya, mi corazón casero;
invierno de tu vida al amor del brasero
sentado sentirás,
y tierno derretiree el recuerdo rendido
embalsamando el alma con alma de olvido,
de siempre y de jamás!
Y pasará tu vida, mi alma, mi vida,
sombra de nubecilla en la mar adormida
de la loca razón;
al fin despertarás por debajo del sueño
sin llegar a gustar la carne de tu empeño
cansado corazón!

Hendaya 11-IV-26.

Como más de una vez me ha convidado Vd., mi buen amigo, a la confidencia, empiezo por enviarle ese peneño desahogo —no sé si Núñez de Arce le habría llamado también «suspirillo germánico»— que me brotó anteaver. Así avivo la fastidica murria que me va invadiendo al ver no la cobardía, sino el colapso letárgico de mis compatriotas. Y lo peor es que se me está acriando y emborronando el alma y me temo que vo. paladín de la justicia, acabe por perder el sentido de ésta. Si viera Vd. lo que es el destierro espiritual! No el material, pues éste para una índole de castuio como la mía se soporta tal cual.

No hay más justicia que la verdad. Y la verdad, decía Sófocles, puede más que la razón. Así como la vida puede más que el goce y más que el dolor. Ver-

dad y vida, pues, y no razón y goce, es mi divisa. Vivir en la verdad, aunque sea sufriendo, antes que razonar en el goce o gozarse en la razón. Y vea como esta tragedia ambiente que estoy viviendo, en la que soy agonista y a las veces protagonista y siempre antagonista, me adentra a concepciones de fuera de la historia. Cuando vuelvo la vista del espíritu a mis últimos tormentosos doce años desde que me arranqué de la soñarrera sombría de cierto angosto gabinete de Salamanca —y lo que soñé en él!— me parece sueño de un sueño. Y ahora comprendo mucho de lo que escribía yo mismo, sin comprenderlo bien, al comentar la vida y pasión de nuestro Señor Don Quijote, virgen como Jesús. Doce años! No sé si me quedan otros tantos de verdadera vida, antes de retirarme a preparar el último sueño, pero sé que ya no sufriré tanto. Sobre todo en intentar hacer sufrir a otros. Porque muchas de las heridas que inflijo me duelen más, mucho más, que aquéllas a quienes se las asesto. Es tan terrible el oficio...!

¿Escribir? Poco. Me da miedo escribir. Cuando cojo la pluma pareceme que se apodera de mí un demonio (demonio en el sentido primitivo, helénico), me siento poseído —esto es: energúmeno—y tiemblo. Esta es la verdad. Porque he llegado a esto, a asustarme de tener que leer algo que escribí, algo que escribió el que fui. Tiemblo de tener que ponerme a pensar en el que pudo haber sido, en el ex-futuro Unamuno, que dejé hace años desamparado y solo; ¡pobrecillo! en una sendeja del páramo de nuestra historia española. Pero ¡pecho al aire!

De ahí, de España, no quisiera saber nada y menos de la que los que gritan para no oír, llaman la España grande. Me acio a la otra, a mi Española. A ver si los de la cruzada y el desquite renuncian al intento de guardia-civilizar el Riff, que es incivilizado. Y a ver si salimos del honor del verdugo.

¿Leer? No leo mucho, como no sea en la mar, de la que soy cada vez más íntimo amigo. Y lo que quisiera tener voluntad para no leer nada son periódicos españoles. Es algo pavoroso. Ni un chasquido de rotura de cuerda del corazón. En cambio se siente rechinar las poleas de los fantoches, de los molinos de viento que son nuestros gigantes.

Tengo ahí cuatro o cinco obras de teatro, pero estoy dispuesto a que no se pongan —y lo que con esto me perjudico nadie lo sabe bien— mientras haya censura. Aunque tenga que pedir limosna.

Y ahora... a la lucha!

No olvide saludar a su señor padre. Yo, que estoy arrastrando a mis hijos en mi sacrificio, tengo el culto de la paternidad.

Y basta de desahogo.

Queda su amigo:

MIGUEL DE UNAMUNO

(En el destierro de Hendaya).

13-IV. — Año tercero de la tiranía.

Publ. Luis Landsberg, que fué Catedrático de Filosofía en la Universidad de Bonn (Alemania), murió en el campo de concentración de Oranienburg (Berlín), después de haber sufrido la persecución nazi-fascista en Francia, donde residía, voluntariamente desterrado desde la implantación del régimen nazi en Alemania.

Publicó en "Cruz y Raya" sus "Reflexiones sobre Unamuno", de Max Scheler, autor de "La Edad Media y Nosotros", "Experiencia de la muerte", "Antropología", etc., residió en España durante algún tiempo, hasta 1936, situándose entonces al lado de la causa popular española.

Publicó en "Cruz y Raya" sus "Reflexiones sobre Unamuno". En esta carta inédita, dirigida a José Bergamín, resume su juicio sobre Don Miguel y sobre España.
París II-I-1939.

Querido amigo Bergamín:

Cuando hace cuatro años publiqué mis «Reflexiones sobre Unamuno», en la admirable revista que Vd. dirigía, éramos unos niños comparados con lo que somos hoy, cualquiera que fueran las penalidades porque habíamos pasado ya entonces. Como en los días en que los nacional-socialistas se apoderaron de mi patria es abrió toda mi vida, no sólo en la forna exterior sino en su contenido mismo; así volvió a ocurrir cuando se desencadenaron sobre el pueblo español las mismas fuerzas destructoras de la rebelión y de la invasión, estrepitosamente ocligada desde el primer día. Los de Julio de 1936 que, como Vd. sabe, pasaba en Santander, son en mi vida el final de una época de relativa despreocupación e inquietud juvenil y al mismo tiempo un nuevo punto de partida. Crecer, madurar, no puede significar ya para nosotros sino conocer el poder del mal sobre la tierra y sobre nosotros mismos, pero al mismo tiempo y con tanto mayor motivo, fortalecer nuestra esperanza y fortalecernos para la lucha necesaria.

La cobardía moral de tantas gentes, su miedo a las decisiones responsables, su liviano optimismo, impidieron que se llegara en Alemania a una lucha abierta contra los que astutamente se fueron adueñando del Estado. El miedo a las consecuencias de una defensiva ha dado lugar a males diez veces mayores que los que hubieran seguido de diez guerras. Entonces se mostró y sigue mostrándose a diario, que la máquina de una dictadura moderna en manos de gentes sin escrúpulos, funciona de tal modo que es imposible paralizarla y destruirla, por grande que sea el descontento de las masas, o lo es sólo en determinadas circunstancias. Si un país quiere defenderse contra la esclavización fascista, tiene que hacerlo antes de que quede constituido el régimen de terror como aparato de Estado. Esto es lo que ha comprendido su pueblo y Vd. con él, y ha obrado en consecuencia, sin dejarse decaminar por las malas interpretaciones, las calumnias de todas clases, o por las voces de esos dichos pacifistas que entregarían sin resistencia la humanidad entera a la esclavitud y a la arbitrariedad.

Usted sabe que desde los primeros días de la guerra, innumerables alemanes, que en Alemania en la emigración aguardan el momento de la liberación de su patria, se han identificado con el pueblo español en una admiración apasionada; sabe Ud. también cuántos han sido los compatriotas míos

que han sellado con su sangre la alianza. Para todos nosotros, la guerra española ha sido un primer rayo de luz en la oscuridad. Acabe como acabe ha salvado el honor de la humanidad. Al mismo tiempo, nos ha revelado a los alemanes todo el alcance de nuestra culpabilidad. Nos sentimos culpables cuando consideramos que son aviadores alemanes —aunque indignos de serlo— los que arrojan bombas sobre las mujeres y los niños españoles, y sobre todo cuando reflexionamos en que el alevoso ataque contra España, no hubiera sido posible sin el triunfo antecedente del Fascismo en Alemania. Ustedes, los españoles, están haciendo lo que los alemanes dejamos de hacer y lo hacen en las circunstancias más terribles, precisamente porque no lo hicimos nosotros. Sólo cuando de la secreta amistad de la verdadera Alemania y la verdadera España surja una patente amistad entre dos pueblos libres, podremos arrancar de nuestra conciencia el aguijón de esa dolorosa responsabilidad.

Pero yo debo y quiero hablarle en esta carta, de Unamuno. Tal vez no me haya apartado tanto del tema como pudiera parecer, pues mi amor por la obra de Unamuno nunca fué separable de mi amor por el pueblo español. Antes de que por primera vez visitara vuestro país, dos obras españolas habían contribuido eficazmente a la formación de mi espíritu: la de Cervantes y la de Unamuno. Ver ante mí en la realidad el paisaje de Don Quijote, exactamente como desde mi niñez lo había proyectado en mi fantasía la obra del poeta, fué una experiencia beatificante, como la realización de un ensueño que apenas puede expresarse. Del mismo modo la obra de Unamuno me había hecho entrever una humanidad que sólo en España tuve la dicha de hallar. Hablo de la humanidad española en general, la que he conocido en Ud. y otros amigos, pues a Don Miguel no lo he conocido nunca personalmente.

Lo que de tan poderosa manera me atraía a esa humanidad era su incondicional estar para sí misma. Hablaba en ella esa fe viva en una resistencia para la muerte, intangible a toda dialéctica intelectual, que corre por toda la obra de Unamuno. Su libro del «Sentimiento trágico de la vida», revelaba una máxima tensión entre una claridad de espíritu sin ilusiones y a veces cruel, más allá del optimismo y del pesimismo, y el valor de poner en juego la persona viva; daba testimonio de una fe que no necesita engañarse a sí misma. Esa viril decisión a la inmortalidad me pareció de la mayor importancia para nuestra vida, y también para la busca de una filosofía que no disolviera o mutilara al hombre en sus sistemas, sino que lo reintegrara a su autenticidad creadora. La forma dura, grandiosa, siempre dramática que dió Unamuno a sus obras de pensamiento como a sus obras poéticas, me parecía la expresión de una humanidad heroica. Su pensamiento básico, que el hombre tiene que ser inmortal, expresaba de una manera libre y profunda la incondicionalidad de la Ética Kantiana, como más tarde el heroísmo del pueblo español vivificaba el sentido de las palabras de Kant: «puedes porque debes». El mundo de la discusión intelectual en que estamos sumidos, amenaza con robarnos el saber que los verdaderos valores no se discuten, que no se los puede regatear y que no puede tener significación alguna su abandono. Esos valores no son sólo trascendentes, sino que tienen una presencia y una realidad temporal histórica a la que están vinculados. Unamuno ha jugueteado a veces, y a veces errado, pero en general, supo ser ejemplarmente lo que era. Ahí radica su actitud, y ello da un sentido duradero y actual a aquellas palabras suyas que

yo citaba al comienzo de mi ensayo: «Mi batalla es que cada cual, hombre o pueblo, sea él y no otro».

Al hojear ahora ese ensayo de 1934, me aparece la imagen de un hombre inquietante, deseoso de hurtarse a toda determinación conceptual, de que puede decirse de que es filósofo y no lo es a un tiempo, católico y no católico, unidad y diversidad, erudito humanista e instrumento de viejos e indomables instintos. Pienso en el apartamiento y apagamiento en que ocurrió su tránsito, en su trágico error respecto a los acontecimientos de Julio de 1936, su terrible desengaño y su último y dramático choque dialéctico con sus enemigos de la luz en el aula de Salamanca. Siento que ese viejo buho de Unamuno no ha muerto del todo, no ya en el sentido de la inmortalidad metafísica o de la gloria; es como si su sombra inquieta errara sobre los campos y los montes de España. ¿Cómo puede dormir tranquilo el que dijo que llevaba en sí mismo a todo el pueblo español con todas sus contradicciones? Sólo el día en que los españoles se reconcilien, en un renacer que sea el libre cumplimiento de destino, comunes, el día en que desaparezca la presión de oscuras fuerzas extranjeras, podrá tener paz. Y sólo entonces podrán Vds. los herederos de su espíritu, contemplar apreciativamente lo duradero de su esfuerzo. Hoy sólo podemos expresar por nuestra inquietud la significación de su obra. Cuando llegue ese momento, yo me sentiría feliz si pudiera nuevamente dar testimonio de la eficacia del espíritu de Unamuno más allá de las fronteras de España.

PABLO LUIS LANDSBERG

AVENTURA DEL HOMBRE ACTUAL

por

Washington Lockhart

Ha sonado la hora para la reunión de los hombres todavfa libres: de su esfuerzo va a depender la orientación de su destino. La corrupción, en su forma intelectual, debe ser denunciada. Reestablecer la exactitud de los hechos, destruir las falsas generalizaciones, devolver su nombre a las cosas.

(H. MICHAUD: «La corruption intellectuelle»)

En ninguna época, bajo ningún gobierno, la sociedad llegó a estar tan minuciosamente civilizada como la nuestra, tan detalladamente sometida a la política y a la economía. Lo aborrecible de la barbarie civilizada en que vivimos, nace ante la afirmación progresiva de su propia inanidad, subyugando al ciudadano bajo un océano de cosas y técnicas cada vez más imprescindibles y absorbentes. Crece la sensación de que no queda escapatoria. Los engranajes sociales, las «conveniencias» prácticas en aceptarlos, azotan todo intento de eludirlos, nos asimilan a su rutina. Vivimos en función de ellos y no, como sería deseable, ellos en función de nosotros.

Desde que redujo al individuo a una entidad abstracta, pudo el Estado operar con él, someterlo a leyes, disolverlo en sus gráficas... Atribuyéndole una índole espiritual tan ficticia como vulnerable, adquirió el derecho a desconocer la realidad concreta de su vida, bajo la promesa de incorporarlo, convertido en cifra, a la estadística de sus bienaventurados...

Frente a ese Hombre teórico, escorazado de derechos irreclamables, urge reconsiderar las condiciones reales de nuestra existencia, reencontrar el orden espiritual que puede, sólo él, revelarnos una militancia que sea, al mismo tiempo, veraz.

Vivimos en el impasse producido por un dilema hasta hoy no resuelto: ¿cómo hacer conciliable la distorsión con que es preciso, cada vez más, administrar nuestras cosas, y la libertad que debe preservarse para el hombre que las maneja?

Se acusa a la democracia por su incapacidad para lograr el funcionamiento

de instituciones que den cumplimiento cabal a sus ideales. Deberíamos empero pensar que es en esa misma debilidad donde radica, paradójicamente, la fuerza que le es exclusiva, su capacidad de persistencia. Los insucesos reales, en efecto, la coacción y las subversiones que acechan detrás de cada intento de establecer libertades concretas, no son capaces de desvanecer, gracias a la perfectibilidad que emana de sus mismos principios, ese convencimiento moral que los fundamenta, esa dignidad de carácter que sobrevive como aspiración incoercible pese a la debilidad o doblez de sus eventuales ejecutores. No sufre aberración de la que, si sigue siendo democracia, no pueda redimirse.

El ciudadano medio logra sus libertades más aparentes, al precio de mil difusas esclavitudes. Goza en efecto de un anodino derecho a moverse y a hablar, dentro de márgenes variables, pero deja que se enmohezcan, delegándolos, sus verdaderos poderes soberanos. Su arribismo lo subordina al club, al jefe, a la prensa, al sindicato; lo lamentable es que con ello se permite que las ocasiones propicias para promover cultura, sean acaparadas por quienes, precisamente, suelen medrar con la incultura. En un balance final, resultan ser los pequeños intereses —con su secuela de pequeñas cobardías— los que, acumulándose, resuelven las grandes cuestiones. El hombre de la calle, obscueto y logrero, deviene así cómplice de quienes, a través de los oscuros corredores de los bancos, acostumbran determinar las conveniencias y consignas que habrán de incorporarse, so capa de ideal, a los programas circulantes.

El aprecio desmedido y ramplón por lo normal, no es más que una versión vergonzante de la envidia que despierta la anormalidad del hombre superior. Pese a todo, el inefable Mr. Smith, no renuncia a remedarlo, tomando el atajo promisor de vulgarizaciones y síntesis módicas, de un acopio indigerido de hechos y fórmulas cómodamente canjeables. El mayor perjuicio de ese igualitarismo por abajo, es que obstruye el ascenso de las legítimas superioridades, ambientando las maniobras oportunistas improvisadas por quienes, escrúpulos a un lado, supieron desprenderse a tiempo del lastre de una dignidad onerosa.

El único resultado apreciable de ese igualitarismo grosero e ilusorio, es subvertir las diferencias y jerarquías que toda verdadera coexistencia democrática debería consagrar. Como alguien observara: en lugar de la verdadera libertad se nos da, entretanto, la comedia del liberalismo o la tragedia de la dictadura.

Frente a lo que Peguy llamaba el «multicesarismo de los comités electorales», la «dictadura en veston» de los políticos, dictadura tibia y vergonzante, que adereza la verdad de partido y la verdad de Estado con todas las formas de la intimidación, de la restricción mental y de adulación a las pasiones más bajas, es forzoso creer la afirmación de A. Breton: «el sentido de la liberación, no se guardará vivo cediendo ciegamente el cuidado de realizarla, a un aparato que usa de medios tortuosos y un absoluto desdén por la persona humana».

La accesibilidad de todos los puestos que las constituciones consagran pero que las circunstancias reales defraudan, provoca, entre otros desequilibrios psíquicos, comprobados, un temor animal a la desocupación o a la ocupación subalterna; un afán exacerbado de una felicidad estática, sin riesgos, de jubilarse en plena juventud, de asegurarse contra todo... menos contra sí mismo; de planes quinquenales que lo previenen todo salvo la singularidad imprevisible de cada destino.

En ese miedo inconfeso a la vida y a sus vicisitudes no garantizables, se origina una moralina al por menor, un aguschirle de consejos ingenuamente «útiles», de prudencia menuda, rebajando el amor a «buena voluntad», estafando al sentimiento mediante la comercialización de la sonrisa; un prurito, en suma, de eficacia barata y a corto plazo, que termina por convertir a sus medrosos cultores en fantasmas persiguiendo fantasmas.

En esta época de totalitarismos ineludibles —patentes en el seno mismo de los gobiernos democráticos con sus «dirigismos», «estatizaciones», «brain trusts», etc.—, el trabajador intelectual se ve constreñido, en salvaguardia de su propia razón de ser, a defender activamente su círculo de acción. El poder político se está acostumbrado demasiado a contar, desde el umbral de la educación hasta al sugerir normas para el ejercicio de las actividades superiores, con la colaboración más o menos «espontánea» del poder intelectual. No es posible rehuir, ante esa progresiva intromisión, y por modesta que sea nuestra esfera, una acción efectiva de defensa; sabemos empero, y ese es nuestro patético dilema, a que impurezas y transacciones nos abocamos, renunciando, por exigencias de táctica, a un rigor ideal que sólo era posible en la soledad creadora de nuestros sueños de perfección. En ese querer hacer, en esa resistencia activa, es preciso resignarse a aprovechar, como condición de eficacia, las armas no forzosamente limpias que nos procuran las circunstancias.

Las palabras en uso, deformadas por la propaganda y la estulticia doctrinaria, rotulan, desde hace tiempo, contenidos irreconocibles; toda afirmación que las empíe contiene, por ese pecado original, una mezcla inextricable de verdad y de error. La demagogia opera sobre esa confusión, forzando sus equívocos en el sentido de sus conveniencias; obstinada y unilateral, la propaganda tiende a convertir al hombre común en un sistema de vertederos, que devuelva, sin más y por vías conocidas, el aluvión que recibe.

Ninguna regimentación social puede desconocer, imponiéndole un simulacro de paz exterior, el carácter trágico de la existencia. El espíritu nace y vive en el conflicto; las formas vitales son tan pronto su acicate como su irritación; su evolución es el itinerario de una pugna sin pausas. El impulso creador, lejos de acogerse a la satisfacción socialista del deber cumplido, perdura en una insatisfacción radical, que busca, más allá de toda legalidad constituida, la ley in formulable que presida su peculiar disconformidad.

Hay verdades que se han dicho ya muchas veces, pero que es necesario repetir las, agredir con ellas. La propaganda ha movilizad o al mundo entero detrás de banderas de libertad, de dignidad, de justicia; propaganda que in-

fecta todo, de la que nadie puede, aunque quiera, sustraerse totalmente. Bajo banderas definidas, en la pasada guerra, se enfrentaron así confusiones indefinidas. Pero no todo fué confusión; en ambos lados del frente, poderosos intereses entablaron alianzas subrepticias; la mira de los aviones de bombardeo, utilizada convenientemente, apuntaba sin error los barrios obreros, dejando indemnes, a pocas cuadras, las fábricas cuyas acciones compartían.

La situación social actual, por las explotaciones múltiples que disimula, por los privilegios injustos que aún ampara, nos obliga a actitudes de reforma, aunque sin perder conciencia de que la historia, si bien admite explicaciones causales en una escala amplia, incluye un margen decisivo de contingencia; de que antes de abandonarnos sin restricciones a un dogma o una mística —escudo y pretexto, tarde o temprano, para conductas interesadas y autoritarias— debemos considerar primariamente y con la amplitud posible, las condiciones actuales, de modo que podamos ir extrayendo de ellas las derivaciones sensatamente factibles. Si el slogan «política realista» conserva todavía algún sentido, éste consiste no en una cínica desconsideración de todo ideal, sino en una reestructuración constante de esas normas básicas, a compás de las exigencias que vayan emanando de los hechos.

La política llamada «realista» —léase oportunista e inescrupulosa— fracasa siempre por no tener en cuenta «toda» la realidad.

La falsedad radical como planteamiento— de la lucha de clases, obedece —sin subestimar el hecho notorio que la promueve— a que elimina, al postergarlos, esos otros conflictos que sólo en apariencia no son urgentes y en los que resulta comprometido alguien más respetable que el simple consumidor. Hay valores amenazados —y no por cierto inventados por dilettantes, sino surgidos como respuestas a angustiosos apremios del existir— que no admiten ser relegados, considerándolos como meros subproductos de un materialismo histórico sin residuo. El capitalismo y el comunismo, versiones paralelas del mismo error, desestiman todo estilo de vida en el que se atiendan, sin delegación posible, esos valores no reductibles a tarifa.

Si los movimientos llamados «avanzados» no suelen serlo tanto en su aspecto moral, se debe en gran parte a la invitación a destruir que implican; validos de ese sórdido aliciente, conquistan la adhesión, y por ella persisten, de sentimientos generalmente reprimidos. Al excitar los peores apetitos, la envidia y la hostilidad hacia el privilegiado, estabilizan, justificándolas, esas derivaciones. Es suponiendo al hombre despreciable, como las tácticas empleadas consiguen finalmente volverlo más despreciable.

Viveza criolla: eufemismo halagüeño que se acredita a quien demuestra no creer en ningún ideal. Sobre todo cuando, cinismo mediante, se logra dejar malparado a quien prefiere, todavía, atenerse a las viejas normas.

Nos asedia —entre otros— un temor, que nadie confiesa, de vernos, de comprendernos. Se acostumbra, para desmentirlo, enjuiciar la responsabilidad de quien, arrojando nuestra apatía, no vacila en gritarnos a la cara nuestros

vicios, nuestras cobardías. No admitimos, en esa zona, que pretendemos vedada, de lo personal, autoridades externas; y a las que, escudándose en antiguas investiduras, nos recitan la letanía de sus tablas de valores, de sus condenaciones, oponemos nuestro cinismo, la desvergüenza de quien, perdido, opta por fingir que ha superado hace tiempo esa inconsulta costumbre del Bien y del Mal...

Más que crisis de ideales, hay crisis de confianza. No es que nos falten motivos de ideal, sino pretextos para asumirlos, para adoptar, como si recién nos estrenáramos, una actitud que escape a toda suspicacia. Todos, en el fondo, queremos —siempre lo hemos querido— combatir, morir, si es preciso, por las mismas cosas que nos permiten vivir; pero tememos aparentarlo. — Tenemos miedo a la existencia, no a la vida. Si alguien, perdiendo ese pudor, se atreve a afirmar los bienes de este mundo, lo atribuimos, con nuestro pesimismo de anobs, a su ingenuidad, cuando no a su falta de información. No importa que la existencia, por sí misma, afirme en nosotros su bondad; nuestro pensamiento, adulterado por el temor, reniega de ella. Pero no nos engañemos; al hacerlo sólo se niega a sí mismo. No es la existencia la enjuiciada —¿cómo podría serlo, ella, la única?— sino la imagen falaz que, a propósito de ella, hemos elaborado.

Afirmamos la permanencia de una realidad irreductible, de una verdad inexplorable para una razón desencarnada, sin la cual la vida se degrada en dispersión y anonimato. Si esa finalidad nos resulta a veces enigmática o evanescente, no por eso, con nuestras pobres armas, podremos probar jamás su inconsistencia. Hay en el fondo de las cosas una oscuridad respetable. Podemos sin embargo —para eso vivimos— residir en su ámbito, gravitar bajo su advocación ideal. Más allá de toda afirmación o negación, nos es dado situarnos, en una exaltación de nuestras más desusadas posibilidades, en el centro irradiante de la vida. El pensamiento juega a extraviarnos; en las palabras se esfuma y desconoce la unidad primordial del Ser. Pero por el pensamiento y por la palabra, validos de ese «algo más» cuya definición buscamos, podemos emprender —esa es nuestra fe— la reasunción de nuestro destino abandonado.

SENTIDO Y ALCANCE DE LA MUSICA DE LOS PAYADORES

por

Casto Canel

Casto Canel, músico maragato, ha realizado la labor musical más representativa de nuestro país, pues si bien su importante obra personal es casi desconocida para el gran público, la formación de niños músicos que a él se debe, tiene ya una enorme importancia para nuestra cultura. Canel ha obtenido con esos niños cosas realmente sorprendentes; les ha hecho vivir la música como prolongación de su ser infantil, y los niños casi juzgando con los sentidos obtienen maravillas; es la vida misma gozando de sus invenciones. Canel es un músico a la vez moderno y primitivo, por eso le interesa lo que la música moderna tiene de primitivismo, que, a veces, se confunde extrañamente con lo que parece de más civilizada. De ahí que Canel trabaje la música popular tanto o más que lo mala y feamente llamada música seria.

Es un profundo conocedor del arte y del pensamiento oriental. Yo lo he oído defender a gritos la serenidad china. Esta paradójica defensa nos revela que si Canel no es sereno como un chino, es un apasionado oriental, que sabe defender sus amores con toda el alma y no con pedasos de ella.

Su concentrada inquietud le da una especie de nerviosa lucidez para captar los más finos matices del mundo que lo rodea. La cultura, contrariamente a lo que sucede con otros, se organiza en él casi instintivamente, y en vez de inhibirlo, lo capacita para apoderarse de las realidades más inocentes del arte y de la vida.

G. C.

El hombre para su realización en el terreno musical, dice, va creando por medio de la experiencia directa, los ritmos, los giros melódicos más apropiados a su necesidad, y es mediante su ejercicio que consigue su realización humana en un plano total, es a través de ellos y no de otros, que descubre y practica su unión con algo vital, es la experiencia realizada que pone en evidencia los hechos y actitudes por medio de los cuales se pone en comunicación con la naturaleza, es decir, que realizando ciertas cosas de determinada manera se crea el vínculo supremo que nutre al hombre en lo más necesario para que la vida humana tenga sentido profundamente real.

Entonces es: un lenguaje, un movimiento, un andar característico, un ritmo, una música, una entonación, etc., que se integran mutus y constantemente.

En el plano musical, por encima del accidente momentáneo en que un cantor

criollo pulsa su instrumento y emite su voz, sentimos que constantemente se está refiriendo a algo permanente, de lo cual él es la voz ocasional, el intérprete fiel: en la actitud de un verdadero payador hay, desde su manera de sentarse, de afinar, de tomar el instrumento, la forma de emitir la voz, hay, repetidos, un hecho vital irremplazable, y es que por medio de ello se cumple un acto profundo acto vitalizador que se genera en el cantor y repercute en el auditorio dinamizándolo, poniendo en movimiento las reservas vitales en las cuales se apoya, y de las cuales depende lo distintivo de un pueblo y la conciencia de su propia existencia.

Y la técnica del cantor, del músico criollo es la que expresa mejor el complejo mundo a que nos referimos, es con esos medios que la música nativa alcanza su más alto grado de fuerza y realidad, es decir, que melodía y técnica son en boca y manos de los intérpretes criollos una sola cosa indisoluble.

Y esta identidad se presenta con tanta fuerza y originalidad en boca de los auténticos artistas que viven en ese plano, que en boca de cada uno de ellos, cada obra tiende a recrearse con características propias, ofreciendo variantes más o menos grandes, lo cual impone a las melodías un fuerte carácter anónimo, se conozca o no el creador inicial, y es que este arte es arte que pertenece a la colectividad, es propiedad del complejo humano rioplatense, nace y vive por él.

La creación musical de los payadores se hace anónima a fuerza de crearse y vivificarse en el uso y uso constante, siendo este uso, esta adecuación constante lo que le confiere su esencial carácter.

Esto pasa en el seno popular con los músicos y cantores que no conocen otra fuente de conocimiento que la ofrecida por la tradición y tiende a desvirtuarse apenas comienzan a trabajar en ella otros elementos exteriores.

Este renovarse, este adaptarse a cada situación nueva, es lo que crea un sentido melódico totalmente original, originalidad que está no precisamente en la invención de nuevas melodías, sino en la capacidad de renovación de adaptación, de recreación, en el hecho de no dejar que el esquema melódico inicial llegue a ser un peso inhibitorio.

El intérprete domina la materia, conoce sus posibilidades y la adapta a las nuevas situaciones que se le crean.

Para esto una melodía debe ser portadora en sí misma de una posibilidad de renovación, es decir, que debe admitir, debe ser capaz de sobrevivir a las transformaciones a que debe ser sometida, y por esto su nacimiento tiene origen en experiencias que los payadores realizan a cada paso.

Todo lo que toca nuestro pueblo se transforma y recrea en el plano correspondiente a su nivel cultural; así, toda melodía extraña, debe, antes de entrar a integrar el patrimonio rioplatense, es decir, el repertorio de sus cantores, debe sufrir un proceso de adaptación, mediante el cual se hace apta para su nueva función. También los instrumentos sufren este proceso junto con las afinaciones que se adaptan a la técnica y sentido sonoro popular; este proceso se llama proceso de folklorización.

Particularizar, tipificar para lograr un mayor alcance, es el principio de composición popular; de esta manera, alcanzar lo típico es moverse en el plano universal, logrado de la única forma verdadera, ya que el principio es

tuante tiende siempre a manifestarse en formas locales, en actos que denuncian un comportamiento que está consustanciado con la naturaleza en forma directa.

No hay, en el concepto popular, no puede existir, una música puramente abstracta, despojada de todo contacto con un medio, con la naturaleza; que si es universal y unitaria, también es múltiple y variada. No hay música que no se pueda ubicar en un sitio determinado, que no denuncie un color local, de la misma manera que no hay ideas abstractas existiendo por sí solas.

Para un músico popular, no existe la música con un valor puramente abstracto, es decir, no la concibe sino es en su propia realización, siendo esto más cierto cuanto más primitivo es el medio en que actúa.

Así, cuando un músico de esta naturaleza recrea una obra, es como si la obra fuera recién nacida, trae siempre el impulso primordial fuente de toda originalidad.

Aquí es que radica la verdadera originalidad, porque es el origen, y por lo tanto no es otra cosa que su primordialidad, no siendo originalidad esa otra forma bastarda de aquélla que es solamente innovación.

Aquí tocamos un punto que es de gran interés, ya que atañe a toda la música popular.

Ha sido dicho que los músicos populares no crean sino que imitan, que toman formas ya hechas y tratan de imitar un modelo de arte investido de prestigio.

Nos parece que solamente con un sentido exterior se puede denominar imitación a toda una actitud definidora de los cultivadores y transmisores de la música popular.

Porque a través de eso que se llama imitación tiene lugar un hecho fundamental de la música popular.

Los artistas populares se imitan unos a otros, cierto; se apropian de melodías y de versos que notoriamente pertenecen a otros; pero lo que importa no es eso, ya que ahí entramos a valorar con un criterio culto que presupone la existencia en ellos de los mismos principios estéticos y morales, que en nosotros.

Lo que sucede es que ellos, como los niños, y en general todos los seres poseedores de una mentalidad primitiva, los límites de la personalidad, de lo propio y lo ajeno tiene otro alcance desconocido por nosotros.

Un cantor puede decir con absoluta verdad que lo que acaba de interpretar es suyo, siendo de otro (de otro según nuestro criterio), porque hay una identidad que lo salva, y esto tiene que ser tomado para ser comprendido en toda su integridad, en su unión con el sentido anónimo.

La creación en el campo popular no tiene nunca límites muy definidos, el aporte individual no se puede medir con la medida que se usa en el campo de la música culta.

Hay una interferencia de lo individual y lo colectivo; es decir, no se sienten como cosas opuestas, sino que es en función de lo colectivo, en función del pueblo, que la persona del artista popular debe estar siempre referida para alcanzar su máximo de liberación, su mayor sentido.

* * *

Creemos que abrir el camino a esta música de los payadores significa establecer una base concreta para la realización de una música en un plano supe-

rior, ya que debemos saber de antemano hacia dónde encaminamos nuestros pasos, cuáles son las cosas y los hechos musicales que llenan más plenamente nuestras aspiraciones; es decir, debemos hacer conciencia de cuáles son los ritmos, melodías, conglomerados sonoros, en los que se concretan nuestras fuerzas vitales, hasta llegar a ser un símbolo, objetivación en formas y hechos reales de aquello que aspiramos a ser.

Aspiramos a movernos en un mundo coherente, y no en un mundo contradictorio, y sentimos la contradicción cuando enfrentamos el mundo de la música popular del Río de la Plata con el mundo de las formas sonoras que impone la música de la cultura europea.

Es tarea fácil tomar temas nativos y desarrollarlos por medio de una técnica formal que ha desarrollado la música europea, pero el problema de nuestra música es hacer que ella posibilite desarrollos que sean un desprendimiento de su propia madurez, y esto no se cumple por un tratamiento objetivo o sentimental de lo pintoresco que nos muestra lo folklórico, sino viviendo, identificándose con eso primario, básico, que es nuestra música vernácula.

Hay pues, aquí un problema que afecta a toda nuestra música y en general a nuestra cultura, y que es la consecuencia de los medios empleados para desarrollar una idea.

Está en juego un problema de forma, de expresión, de sentido de la relación de unos sonidos con otros, y la verdad de todo esto que aquí solamente dejamos apuntado, no puede ser comprendida siguiendo solamente un proceso intelectual, sino que debe ser captada integralmente y no puede ser enseñada por los medios académicos; no puede ser transmitida sino mediante la propia experiencia, mediante la participación en los hechos esenciales que se han ido creando a través de los años, por los hombres que en estas latitudes sintieron la presencia de un destino auténtico y vivieron la urgencia de realizarlo.

Hay un principio vital que es el que mueve todo esto y en cada lugar donde se genera una música original, es que está en pie este principio, integrando y dando sentido a la vida de los hombres.

Se trata pues, de poner al desnudo los hechos musicales que poseen «el sentido» y una vez descubiertos, marchar junto con ellos.

NARRATIVA URUGUAYA 1949

por

Arturo Sergio Visca

«*Gaucha Tierra*», novela, por Montiel Ballesteros (239 págs.); «*Macadan*», novela, por Alfredo Gravina (Edit. Letras - 355 págs.); «*El Habitante*», relato, por José Pedro Díaz (Edit. La Galatea - 100 págs.).

La lectura de «*Gaucha Tierra*», novela para niños, de Montiel Ballesteros, de «*Macadan*», novela de Alfredo Dante Gravina, y de «*El Habitante*», relato fantástico de José Pedro Díaz, nos sitúa ante tres climas narrativos perfectamente diferenciados. Cada uno de estos autores se ha ubicado en un punto de mira bien definido, desde el cual enfoca la vida y la literatura, y que determina su creación. Aunque esta nota, en sus breves dimensiones, no pretende lograrlo, me parece conveniente apuntar que no carecería de interés indagar, a través de las tres obras citadas, cuáles son los posibles rumbos para nuestra narrativa y cuáles serían los legítimos si pretendemos que ella se ubique temporal y geográficamente, si pretendemos que ella sirva, al decir de Paco Espínola, para que este país sea algo más que un pedazo de tierra con un montón de gente encima.

La respuesta sería difícil de justificar, porque si nos interrogamos que es lo específicamente nacional en nuestra narrativa, la interrogante se nos multiplica en infinidad de preguntas. ¿Para laborar en la creación de una narrativa nacional es imprescindible cargar el acento sobre esos «temas» que parecen ser los nuestros, como, por ejemplo, nuestro paisaje, el hombre de nuestros campo y del arrabal, el tango, el fútbol, algunos de los cuales han sido muy poco o nada tocados? ¿No será, más bien, necesario, simple y fundamentalmente, mantenerse fieles a una especial forma de sentir y a un peculiar sesgo en el pensar que nos son característicos? ¿Son posibles un lenguaje y una técnica narrativa que se correspondan con nuestro paisaje, con el alma de nuestros hombres, con ese algo todavía un poco indefinido que llamamos lo autóctono? ¿Son necesarios ese lenguaje y esa técnica expresiva? ¿Existen ya como algo independiente de lo que nos ha legado la tradición europea?

En «*Gaucha Tierra*», lo mismo que en toda su labor anterior, Montiel Ballesteros parece opinar que existen temas, hombres, paisajes y cosas que nos son propios, que deben constituir el motivo de nuestra narrativa y que existe, o puede lograrse, un lenguaje que los exprese adecuadamente.

Gaucha Tierra es un muñeco de barro, construido por Tico-Tico, un niño que quiere tener un hermano. Con la ayuda del Dios del Barro, que luego da vida al muñeco, lo ha construido. Luego, el muñeco de barro, vivificado, sale a correr mundo, y se suceden una serie de aventuras que dan lugar a que el

autor manifieste costumbres, faenas, lugares de nuestros campos y sus hombres típicos: el gaucho haragán, el comisario rural, el pulpero, el domador etc.

La novela se origina en una motivación fantástica, pero toda su fantasía se objetiva con elementos totalmente autóctonos. Una vez sentada y aceptada la ficción de que un muñeco de barro puede adquirir vida, las aventuras y los personajes se encuadran dentro de un realismo al que no son ajenos leves toques de fantasía. Montiel Ballesteros se aproxima a las cosas con una ternura matizada de humorismo, que se vierten, a veces, con pinceladas de un lirismo nutrido en su amor a la naturaleza. Véase, por ejemplo, la presentación del Dios Barro: «Notó que su cabello abundante y sus cejas espesas y su barba fluente y poblada, tenían la exuberancia apretada y desordenada del pasto. Creyó descubrir en ellos un leve movimiento, cual si los recorriera una juguetona brisa y percibió un agradable olor de yuyos húmedos — de toronjil, de hierba buena, de menta... Identificó alguna diminuta flor, la palpitación de las alas de una mariposa, el apagado ritmo del canto de un pequeño grillo».

El lenguaje de esta novela, aunque el autor manifiesta que ha prescindido del uso auténtico del lenguaje gauchesco, tiende a adquirir un color local, por el uso frecuente de coloquialismos. El manejo ágil y frecuente del diálogo, dinamiza la acción y nos comunica con el alma de los personajes.

En «Macadan», de Gravina, nos enfrentamos a un panorama novelístico, a una intención estética y a un sentimiento totalmente distintos a los de «Gaucho Tierra». Novela de gran extensión y de ambiciosos propósitos, puede merecer reparos a la crítica, pero posee cualidades indudables que la convierten en una de las realizaciones novelescas más importantes de los últimos años en nuestro país. Ya se ha destacado, por Mario Benedetti, desde «Marcha», la soltura de su estilo. También se ha señalado su amenidad de narrador. Gravina es un escritor que se hace leer. Extrañaría, si no estuviéramos acostumbrado a la inamovible ineptitud de los Jurados, que esta novela no haya obtenido mención alguna en el último Concurso del Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social.

La acción de la novela nos coloca en un pueblo del interior de nuestro país. A este pueblo ha sido trasladado Albano, personaje que centra la novela, debido a un sumario administrativo a que ha sido sometido. La acción se organiza, entonces, en torno a la inadaptación de Albano, haziado de un ambiente que encuentra pequeño, sórdido y monótono. A su vez los otros personajes, al contacto con este hombre extraño a sus propias vidas y hábitos, parecen, todos o casi todos, desacomodarse, entrar en un ritmo de vida que le es ajeno. Pero el autor no sólo quiere enfrentarnos a conflictos individuales, sino que procura alcanzarnos una visión total de la vida del pueblo. O, mejor, se esfuerza por señalar la acción del medio en la motivación de los conflictos individuales. Movido, pues, por la intención de ofrecer una visión total de la vida del pueblo, Gravina nos conduce en su novela desde los barrios miserables (capítulo segundo de la segunda parte, titulado el Barrio de las Tres Emes), hasta el hogar del opulento estanciero don Dionisio. Entre estos dos polos —miseria, riqueza— se mueven una treintena de personajes más, definidos en su individualidad humana y artística: don Santiago, el viejo filósofo del pueblo; Celso, el mediocre, cuya muerte, producida por una inútil y absurda temeridad, está muy bien realizada; Malia, hermosa figura femenina, siempre oscilando en la contradicción impuesta por la pugna de una moral

ambiente mediocre y los impulsos de su alma cándidamente buena; el Durito, pintoresco pordiosero; la Zorrina, de la cual hubiéramos querido saber más cosas... Desde la narración de los conflictos suscitados por la relación de todos estos personajes, se va componiendo el personaje colectivo: el pueblo, con su vida monótona, con sus días aparentemente idénticos, con «sus noches y noches iguales, fundidas en una sola noche que absorbe los escasos incidentes extraordinarios de la vida y los sume en el olvido», pero en la que, no obstante, no falta la intensidad y el drama.

En esta novela los elementos narrativos, la materia que se comunica y los medios de expresión, son muy otros que los habituales —o tradicionales— en nuestra narrativa. No se hace aquí literatura con materia ya elaborada por nuestra literatura. Ingresan al cuerpo novelesco clases sociales poco utilizadas con fines narrativos por nuestros escritores: la burguesía y la clase media (aunque conviene recordar las novelas de Dionisio Trillo Pays: *Pompeyo Amargo* y *Estas hoias no caen en otoño*). Para dar el alma de nuestra tierra, no le ha sido necesario al escritor buscar lo típico, ni siquiera lo dramático, sino que le ha bastado estar atento a lo cotidiano, a las sensaciones reiteradas e intensamente vividas, como, por ejemplo, se evidencia en la descripción del amanecer, que ocupa el final del capítulo primero de la tercera parte (*Allegro*).

Como esta nota se propone ser meramente informativa, no es posible juzgar el logro obtenido con respecto al mensaje social que el autor pretende comunicar, como tampoco analizar ciertos desordenamientos (exceso de extensión, detalles inútiles) que resienten la estructura de su novela. Es imposible también, detenerse a considerar la verdad con que han sido creados algunos personajes, así como cierta falsedad de otros, hechos más con propósitos de explayar ideologías del autor que por urgencias novelescas. Pero no quisiera cerrar esta breve reseña, sin recordar la magnífica escena de la inundación, escrita con verdadera fuerza.

En «*El Habitante*», de José Pedro Díaz, se percibe, se palpa casi, una aspiración a depurar la materia expresada y las formas expresivas, que conducen al autor a una posición esteticista, en la que revela su voluntad de equilibrio entre lo soñado y lo real. El autor vence los riesgos de esta posición esteticista por la transparencia de su estilo que comunica, o mejor, insinúa, con vivacidad las sensaciones de su personaje. En la descripción de los paisajes adquiere una verdad de colorido que convierten en reales a los actos y preocupaciones de este personaje de sueño. Las palabras de la señorita Ofelia son casi siempre ohocantes, por su nota inarmónica de realismo.



LAS ESQUINAS

por Dionisio Trillo Pays, C. A. Maggi y Liber Falco

ESQUINA DEL BARRIO KRUGER

Muchas veces he pensado en aquella esquina; todo resultaba confuso como en un sueño, pero todo era vivo allí, o mejor, todo revivía. Sin embargo, ahora que me dispongo a describir todo aquello, siento que verdaderamente no he de lograr hacerlo de una manera que me satisfaga. Y es que cuando pensamos, por más que nos representemos vivos y actuantes, nuestra actividad es pasiva; somos como llevados por las cosas que ensoñamos. En cambio, cuando intentamos escribir sobre ellas, una voluntad dominadora, extraña al propio objeto, hace que nos convirtamos en verdugos de nuestros sueños.

Cuando menos ese es mi caso, ahora.

No obstante, si apenas alcanzase a dar un matiz de aquella visión que guardo e intento sorprender...?

El barrio Kruger es algo así como un apéndice del viejo barrio Rena. Desprendiéndose de este último hacia el este, las calles comienzan a levantarse levemente, para mostrar a las tres cuadras, una cuesta que se empina con violencia. En la parte donde la cuesta corona su altura, allí en lo más alto de la Cuchilla, luce aún el letrero: «Almacén de La Liebre».

El viejo almacén ofrece sus innumerables puertas y ventanas a las dos calles que forman la esquina. Las paredes, pintadas de un último color rosado, muestran grandes manchas. En algunas partes el lento y obstinado trabajo de la humedad y el tiempo, profundizando las manchas, desprendió las repetidas y hoy contables capas de pintura; en otras, ya sin revoque, asoma el esqueleto desvalido de la vieja casona.

Es poco más del mediodía. Un niño, reordenando precipitadamente sus cuadernos y útiles, da un manotazo a la cortina y entra por la única puerta habilitada, del negocio: «Una galleta dulce con mortadela; pronto don, pronto...».

Entonces cierra los ojos, y creo ver o revivir aquello que he vivido.

Pero en verdad, la esquina se animaba hacia el atardecer...

Ella estaba ahí indiferente y solitaria para llegáramos nosotros, y acaso ella —que debió tener alma—, sonriera. Llegáramos displicentemente, dando los últimos mordiscos al pan con manteca de la tarde. Era el momento en que se relataban las correrías del día: «Estábamos pescando ranas y empezaron a tirarnos piedras; fueron los del otro lado del zanjón». (El niño habla apresuradamente, al tiempo que hace grandes ademanes). «Los corrimos hasta el otro lado» —, agrega.

«Los del otro lado del sanjón». Seguramente nosotros éramos «los de la Cuchilla». Ahora, pasado tanto tiempo, —no se por qué—, encuentro que eran bellas aquellas definiciones que nos identificaban con los accidentes de la tierra, y hasta con ella misma.

Luego venía el juego de la mancha, los ladrones o el rango.

Ya cerrado el atardecer, el haz de luz que se volcaba hacia la vereda por la puerta del viejo almacén, iba delimitándose poco a poco en sus bordes, hasta recostarse nítidamente en las sombras de la noche. Entonces volvíamos a casa. Pero la esquina no quedaba sola. Otros —ya mocitos— buscaban su intimidad.

En esa hora, el Cerro de Montevideo, ampliamente visible desde aquella esquina, comenzaba a guñar la luz de su faro, y nos íbamos a acostar con el vago sentimiento de que él y aquellos mayores que nos sustituían, se entregaban a un rito desconocido, vedado a nuestra memoria.

Al momento, desde la esquina, se elevaban los cantos. En semicírculo, las manos de unos sobre los hombros de los otros, aquellos muchachos alzaban en sus canciones el testimonio de su comunión fraternal con la vida.

Mas, al filo de la media noche, la esquina se quedaba sola. Cerrado el almacén, sólo la débil luz de un farol defendía sus relieves, y en fin, todo lo que la individualizaba. Y una madrugada, vuelto del centro en mi primera noche, al verla así, solitaria, apenas reconocible en las sombras, pensé que más que a nadie, más que a nosotros que la olvidábamos con frecuencia en nuestros juegos, ella amaba aquel farol.

Me pareció bien que así fuese. Y esa noche, como tantos muchachos del barrio, sin dejar de amarla, me despedí de ella para siempre.

ESQUINA DEL CAFE SPORTMAN (18 DE JULIO Y EJIDO)

a Dondonei

La esquina, un poco mía ya por frecuentarla desde adolescente, demolida durante una breve e infrecuente ausencia de la ciudad, ha llenado de confusión a mis recuerdos.

Ayer no más saboreaba haciendo buches el café caliente, rodeado de las mismas caras, dominando en profundidad la Avenida a través de las amplias ventanas, y hoy nada de todo aquello existe. Como ocurre cuando muere repentinamente un amigo. Siempre se ha estado con él un día antes.

Pero, esta esquina de antigua prosapia de cafés, otrora audacia del ejido de la ciudad y, en tan sólo setenta años, irrisión de la suntuosidad edilicia que la circunda, era para mí, entre las innumerables esquinas que guarda la memoria, cuando se ha sido muy callejero, la única que me ofreciera generosa el acceso a un interior.

En su interior, desafiando las manifestaciones y los carnavales, los partidos de fútbol y las carreras, el juego de naipes, el mostrador y las elecciones, el silencio de las calles en las semanas de turismo y el bullicio de las veredas en las mañanas de desfiles militares, deliziéndome por debajo de la entreabierta cortina, con el lechero y el panadero, en las madrugadas de las cuatro poco exactas estaciones, o refugiándome a la hora nocturna de las caras amarillas para registrar en apuntes el meteoro de las exaltaciones neurasténicas, se iban acumulando, sedimentando en el olvido, los recuerdos, para reaparecer

por ciclos en la oportuna necesidad de la añoranza. Es necesaria manera de ser en el presente, un poco sueño y un poco realidad, con algo de ayer y de desesperanza y con mucho de meterle para adelante, ha sufrido un rudo golpe con esta demolición que sorprende a mis ojos sintiendo como a un ser de carne y hueso, y que, sobre todo, deja desnuda la memoria, sorprendiendo a todo un troyel de recuerdos vivos, a la desbandada, y es inútil intentar una síntesis.

Sin duda un recuerdo no es una síntesis, pero da la tónica de la esquina en que uno ha vivido veinticinco años.

Cuando se escribe en el Café durante años, es imposible que uno no repare en la presencia del mozo que lo atiende. Los ¡Buenos!, ¡Hasta mañana!, los pedidos y el servicio, concluyen por hacerse garabatos de la blanda e impersonal atención que impone la rutina.

Pero, como el fluir de la inspiración y la gracia acuciante de tener que escribir, como asimismo la fuerza del hábito adquirido de hacerlo en la misma mesita, no tiene nada que ver con que le falten a uno los níqueles indispensables para pagar el derecho a usufructuar el asiento durante horas, uno, sin ellos, concurre no más al «lugar», aunque más no sea para dragonearlo con aires de aparente displicencia.

Entonces ocurre que el mozo, habiéndolo visto a uno, hace marchar un café, y en tanto deja el pocillo humeante en la mesa reservada (uno se entera después que la reservaba), dice:

—No trabaja hoy?

Y uno se calla, porque sería idiota decir algo.

—Fuma Republicana, ¿no?

Y va por una cañilla, la paga y vuelve.

—¡Cómo fuma usted! Parece que le ayuda. Yo me he fijado. Cuando se va queda la montañita de ceniza.

—Sí, cuando escribo, sobre todo, lo necesito.

—Venga no más cuando quiera. Cafés y cigarrillos, no le van a faltar.

Algo debí intentar decir, pero él ya había agarrado confianza.

—No se preocupe. ¡Algún día podrá arreglar!

¡Algún día! En el gesto hecho con la mano, en la intención honesta en mis papeles y en la cariñosa, sí que cándida convicción con que justificaba su conducta, yo veía funcionar las rotativas y al público arrebatarse mis obras de las librerías...

¿A qué seguir? Se macularía un gesto que le ha llevado buen tiempo para adontarlo, observando tanto mis ausencias como mi rondar desesmerado, sacando consecuencias ciertas, hasta aprovechar, para decidirse, el mismo impulso de la rutina con que, viéndome cruzar la esquina, hacía marchar un café.

Con el transcurso de los años, se comprueba que han sido muchos los parroquianos de la órbita de su servicio, ganados tal vez por su devoción, que han creído en uno, descándolo las mejores cosas.

Y, de pronto, la demolición los aventá, justamente cuando uno ha alcanzado, aunque por otros caminos, las mejores cosas.

¿Se quiere saber qué me lleva a mirar a través de las juntas de la tapia que cerca los escombros del Café?

Tal vez el deseo de ver si, indiscretos, vagan por la borrada esquina los cafés y cigarrillos impagos.

•PARADA DEL 24•

—La del señor es amarga; Julio.

—Tarda, ché...!

—Cuestión de un ratito y ya llega el hombre, va a ver.

—Mire viejo: Hace como una hora y... Y ¿qué me dice? Nada, el gusto de tomar unas copas con usted, no más.

—Ché, Loco. ¿Y? ¿Jugamos mañana o no?

—Veni, sentate. Estoy acá con el amigo para arreglar eso. ¿Cómo se llama? Ah. sí! Con el amigo Baeza. Con él estamos esperando. ¿No viste a David, vos? ¿Eh?

—Viva Batlle! Viejo hip... peludo.

—Ché, ese no para por acá. ¿Lo conocés vos?

—Me parece que no para, ni acá ni en ningún lado; está que se cae, el viejo.

—¿Usted lo conoce, Baeza?

—¿Yo? Qué voy a conocerlo! Pero del partido, ¿qué hav?

—¿No le dije? Cuestión de un momento y llega David. Ché, Julio: Servi otra vuelta.

—Bueno. Pero ¿usted cree que se podrá?

—Seguro que sí. ¿Vos qué pensás, Negro?

—¿Del partido? Seguro; lo hacemos en fija.

—¿No ve?

—Y entonces, ¿qué esperamos?

—A David, ¿no le digo?

—Sí; pero va una hora, viejo...!

—En eso tiene razón. Es raro que tarde. El, a esta hora... ¿Verdad, Coco?

—Como no.

—¿Qué cosa también! Más de las cuatro van siendo, capaz...

—Bueno, total, con el calor que hace; acá se está bien.

—No, si ganas de irme no tengo.

—¿Y entonces?

—Es que tendría... Por la gente de casa... Y es un asunto nada divertido, le prevengo.

—Sí; habiendo enfermos...

—No. No es eso. Un entierro, es.

—Menos mal.

—¿Pero es alguno de su familia?

—No. Un tío; y medio lejano, casi no lo conozco. Pero siempre... Usted sabe. ¿Una lástima que tarde tanto este hombre!

—Yo le digo de esperarlo, porque es el del camión, ¿no?

—Sí; seguro.

—Ché, Negro. Ahora me acordé. Hay que pedirle la camiseta a Maroni. Eso sí, eh...!

—Estás loco! Aquel no alfoja.

—¿Vos creés?

—¿No lo conocés? Va en fija.

—El puntero derecho. ¿Se acuerda, Baeza?

—Sí, aquel que jugó la otra vez. Morochito, muy ligero.

- Sí. Como está delicado, yo pensé qué...
- Tiene una sangre bárbara. Si le sacás el fútbol, sí que se muera.
- Tomamos otra, ¿eh? Julio...!
- La mía con soda en vez de agua.
- ¿Cuánto me pone el ómnibus de aquí al Buceo?
- Está en seguida; si son unas cuabras.
- ¿Se lustran?
- No, ché. Dejate de embromar.
- ¿Qué hacés mañana, Rengo?
- Y... ¿qué voy a hacer?
- Te digo porque me parece que jugamos.
- Vamos a Paso Cuello con el camión de David.
- Coloso. Hoy hago un par de pesos y los acompaño. Me voy al centro, entonces. De aquí a la noche...
- ¿Juega también?
- No. A veces, de golero, o si vamos ganando. Pero va siempre.
- De masajista, ¿sabe? Reparte naranjas. En los líos es que hay que verlo.
- Ahí llegó el hombre. David. ¡Ché!
- Salud, gente.
- Ché, este es Baeza, del Deportivo. Vino a ver si hacemos partido **mañana**.
- Mucho gusto.
- Vamos en el camión. ¿Vos podés?
- Sí, ¿sabés? Lo del camión es bravo. ¿no? Porque imaginate, estos días...
- Pero hacé una fuercita, ché.
- Es que no puedo. Si está comprometido.
- Pero, díganme. ¿Por qué no van en ómnibus, entonces?
- Es un lío. Día domingo pasan por acá, llenos que da miedo...
- Hay que embromarse con los ómnibus, le garanto. No subimos los **once**, ni locos.
- Vayan temprano, y hacen un asado, y ya está.
- ¿Qué macana lo del camión...! Así es un lío.
- Si fuera por mí, imaginate. Pero estos días...
- Qué macana tener que ir en ómnibus. ¡También! Los del gobierno, digo yo, ni se preocupan de nada. Es una vergüenza.
- ¡Pero querido! Vos te creés que ellos tienen que andar colgados. Tienen cada rifle! Qué se van a preocupar...
- Bueno, ¿en qué quedamos? Aunque ya son las cinco, casi; no voy a **Hogar** ya, ¿no?
- Sí. Si era a las cuatro, no llega.
- Ché, hacemos eso, ¿entonces? Nos vamos mañana y comemos allá?
- Yo creo que sí.
- Bueno. Voy a avisarles al Pedro y a Maroni. Vos quedate acá, que aquellos van a ir cavendo.
- Bueno. Creo que yo me voy también.
- No. Quédesc, ché Baeza!
- Un rato no más, entonces. Total ya no llego, y al lado de casa tengo un club que con esto de las elecciones, me tiene loco con la musiquita.
- Es un fenómeno, como no.

—Menos mal que mañana allá ni nos enteramos de todo ese ruido.

—¡Ah, sí! Allá en la cancha es tranquilo. Pasamos un día macanudo. Es que es imponente! Hasta el día mismo de la elección, se pasan haciendo propaganda. Es una vergüenza este gobierno. No sé como no los hace callar. Pero es inútil; mañana salen otros y todo sigue lo mismo.

—Ché, Coco! Avisáles que salimos bien temprano, y que volvemos de noche, ¿eh?

—Macanudo.

ANGUSTIA

por

Stéphane Mallarmé

Stéphane Mallarmé (1842-1898). Dentro de los poemas de las primeras épocas de Mallarmé, cuando habiendo abandonado a Hugo busca inspiración en la poesía de Baudelaire, cabe citar dos que no fueron publicadas: *Calentaria Macabra* y *Enfant Prodigue*. Es en este último en el cual se puede encontrar el origen temático de *Angustia* y primitivo de *Herodiada*. De este poema se conservan tres manuscritos; uno de ellos fué dirigido a Anhanel, el otro fué preparado para el *Parnasse Contemporain*. Fué uno de los raros poemas en los cuales Mallarmé encontró desde el comienzo la forma definitiva. La influencia de Baudelaire es notable incluso en el título, que Mallarmé varié varias veces, entre las cuales figuraba: *A celle qui est tranquille*, que hace pensar en *Celle qui est trop vaiv*. Lemonnier y Noulet, como Mondor, han señalado esas similitudes; así por ejemplo el verso final: hace recordar al de Baudelaire en *Gouffre*:

Psi pour du sommeil, comme on a peur d'un tran tran...
Thibaudet refiere que Baudelaire habría dado varias de sus *Flores del Mal*, por aquel verso de Mallarmé.

Refiriéndose a este poema, ha dicho Bata: «El poema de Mallarmé: *L'Ancoisse* presenta, admirablemente trasunto en términos de carne, ese vicio de no poder pasar al acto, de permanecer en lo negativo y en lo rítmico virtual. (V. H. Mondor, *Vie de Mallarmé*, pág. 30, 114, 120, 121).

S. G.

No llego esta noche para vencer tu cuerno, oh bestia!
En quien se vitan los pecados de un pueblo, ni ahondar
En tus cabellaz impios una triste tempestad
Baio el incurable tedio que vierte mi beso:
Pido a tu lecho el pesado dormir sin dueños
Cerniéndose baio las telaz desconocidas del remordimiento
Y que puedas tú luego sustar tus negras mentiras
Tú que sobre la nada sabes más que los muertos.
Pues el Vicio, royendo mi nativa nobleza,
Como a ti me ha mareado con su esterilidad.
Mas en tanto que tu seno de piedra está habitado
Por un corazón que el diente de ningún crimen hiere
Yo huvo, válido, deshecho, acompañado de mi sudario
Con miedo de morir cuando me acueste solo.

Traducción de Sol Sabat Ercasty.

TRES POEMAS

por

Sarandy Cabrera

Sarandy Cabrera nació en Rivera el año 1923. Es corpulento y extraordinariamente activo. Fué un buen estudiante de arquitectura. Cuando su facilidad para las matemáticas y el dibujo se convirtió en un medio de vida, abandonó la carrera para dedicarse enteramente al arte. Escribe sin descanso, pero no como método sino por imposición de su naturaleza. En sus primeros pasos sufrió la influencia de J. R. Jiménez. De esta formalidad de lo informe, pasó de pronto, al informalismo vivo que sustenta la poesía de sus dos libros «Onfalos» y «De nacer y morir». En el primero, el poeta es a la vez, más ingenuo y más teorizante; el mundo de las palabras pierde, a veces, la interior relación con un mundo de experiencia viva, para convertirse en una especie de calteranismo abusivo de la libertad de expresión. A pesar de todo, se nota siempre una entrega total al poema, y si éste se pierde, es porque el poeta se perdió con él. Podríamos llegar a decir que en «Onfalos», Cabrera casi siempre pierde la cabeza, pero, cuando no pierde el pie junto con aquella respetable parte de nuestro cuerpo, logra poemas tan hermosos como «Fotografía», por ejemplo. «De nacer y morir» que obtuvo un premio del Ministerio de Instrucción Pública, revela un espíritu más enajenado en una experiencia que es, poesía y vida, «palabra en el tiempo». Se solidifica en este libro la afirmación de Cabrera en la mejor tradición del habla española: Unamuno, Machado, Vallejo. Tradición que es, como lo señalara Bergamín, la de «la vocación humana de la poesía». Nosotros nos preguntamos si la poesía puede tener otra vocación que ésta; la voz de lo humano, la vida hecha palabra viviente. En realidad Cabrera es autor de un poema único; el poema de su vida y sus cosas; por eso sus caídas, son los tropiezos de la vida misma. Cabrera no es ya un poeta en formación, pero sí en ebullición, y quizás, para siempre. Sin embargo sus versos cada vez se parecen más a la levadura que al hervor, adquirieron, poco a poco, un fuego más concentrado y firme. Lo que dificulta por momentos la lectura de algunas de sus producciones, no es un artificio retórico, sino la vida misma demasiado onomatopéyica todavía, porque la poesía no la ha terminado de digerir plenamente. Y posiblemente esto tenga relación con el tema central del poeta que es el enigma brillante de la existencia; de ahí los títulos de sus libros «Onfalos», disimulo helénizante para referirse al ombligo; «De nacer y morir» conceptos generales que señalan la misma oscura e inequívoca región. Y en fin, los asuntos de la mayor parte de sus poemas: la esposa, el hijo, recuerdos de la infancia, los antepasados, etc.

Sólo queda por decir, que Cabrera fué durante mucho tiempo, integrante del Taller Torres-García y colaborador permanente de «Removedor», donde inició, además, sus extraordinarias dotes para las artes tipográficas.

G. C.

DE TANTO OLVIDO, MUJER

Acaso recreado para nacer de mundo en mundo
cada día de mis días conoce el señuelo de un nuevo abismo
y cada día apenas se salva de su muerte,
por un desconocido nervio oscuro por un olvido
por la fuerza invasora de los hábitos.

Pero cuando se hace el luto de la noche
cuando en mi dormitorio caen las horas
con su acompasado tambor herido
cuando el brillo planeado de los ojos
corre modera y entra en el sueño
de aquella vida que me prolonga en días
y aun herida de tiempo y de mundo
aumenta su infame carozo de desarrollo.
Cuando la luz del tiempo comprendido suelta su agrio cordón
y aparecen pesadas brillando y contenidas
las cosas vida forma fugaz del desengaño.
Ah entonces yo necesito verdaderamente el olvido
y mi presencia ahora separada
gime su soledad cercada y definida
llamando por los opios necesarios los juegos
la construcción de las viejas ilusiones perdidas,
la luz de las costosas mitologías
ahora desamparadas.

Ahora entonces pregunto ¿de qué lugar de dónde
esa fuerza invasora de la sangre me sostiene?
Por qué las formas anchas perfectas concebidas
convencen mi destino quiebran mi desengaño
Por qué si cuando el día muestra su pañuelo tendido a secar
y las luces esperan su tacto matutino
y el mar se alarga indefinidamente impropia
por qué si no el olvido
por qué si no las cosas diosas del mundo puro intocadas
acaso todavía en el fragor que el día desencadena
por qué las cosas alzan su mudex
su rencor su empecinado sino su presencia
y como tú, amor, sostienen ambos
la caída vegetal y pertinaz de la vida
su muerte amarga, su fruta necesaria.

Ah media vida amada, oye caer ausente esta agua raidera
ven sobre el frío y el bullicio
abandona el amor que solos ambos ya nos pertenecemos
y naveguemos escudados esta corriente
quebremos el espejo usemos la vigilia

¿ remontemos por el río del tiempo
llevando puros confundidos nosotros
estos perfectos frutos del olvido.

MUNDO DOMESTICO

Mi apariencia de espejo consiste en cuerpo, en risa
y a su desatinada forma clara recurro
cuando el crecido hueco de ausencia que me mira
quemá con abandono, quemá y esquivá y huye
mi presencia de espacio interior recluso,
y me desaparezo desde dentro y apenas
y acaso me he perdido entre sueños y acaso
he extraviado mi inerte corazón mirando el fijo
rumor del amor diario, dual y despedazado.

Porque es así, porque es acaso así
como impensadamente
como ambos resurgimos del reluciente espejo
como recién nacidos para el amor perpetuo
como recién llegados a la rueda del tiempo.

Socorre oh, no hieras esos mundos brillantes
donde entre las imágenes nos identificamos
y nos reconocemos a través del desastre
de tantos hábitos y de tantos pañuelos.

Socorre, oh desvalida de mis ojos, amante
sostén la mano fría con tu tibia sustancia
y suelta por la casa tu voz y tu sonrisa
y en los platos vacíos donde la luz corroe
pon tus ojos mirando
y que los besos nuestros, suenen brillando entonces,
y recorran la clara madera de la casa.

DIOS DEL TIEMPO, HIJO

Te reguardan los hábitos perpetuos de los relojes
y andas y vas y vienes inocente escudado defendido
en tu país tu vasta y pequeña región escalonada
y no te siguen flechas ni te sostienen plumas
ni tras el hueco negro de los tristes rincones
aparece el fantasma menor, ni aun suanece acaso
temblando de frío su párpado su alerta.

Y hasta cuando la cola del recuerdo me sigue
has roto has invadido y despedazado
y los pequeños ídolos y los grandes recuerdos
han caído bajo tu voz temblando de amenaza.

Hay sin embargo horas en que tu imagen en mí aparece
y viene acaso por recodos ínfimos
y sin embargo es ella y su destino de fruto
si viene sobrecoje mi soledad ganada
con un roto engranaje
con el filo feroz de un arrepentimiento.
Que caigo entonces desmenzadamente
en tanta pena que te he creado y dado
y prevemos tus días de arrebató
de meollo venido de almendra perdida y robada
y aun sabemos que acaso tu deidad hoy presente
está roída por la misma traición del tus reinados.

Dios río encendido río
los objetos antiguos permanecen también esperándote
las medidas exactas desconocen tu trono
tu sitio defendido rodando en fuga en onda
y acaso reconocen tu verdad revelada,
después de tantas lluvias donde perdí mis ojos
y de las calles mismas que me reconocieron
y del amor que entonces abrazando envolviendo
justificó tan largos gritos y tantas voces.

Te resguardamos te suponemos
caemos en tu esfera florida
en tu lengua que brota palabras
en tus ojos que saltan figuras
y en tu tiempo que alcanzan solamente
el sueño y la memoria.

POEMA

por

Raúl Paravís

Este joven poeta de veinte años se ha mantenido al margen de las tendencias poéticas actuales. Un gusto, casi un instinto, por las sensaciones nítidas y por las claras formas del pensamiento, lo ha conducido siempre hacia lo clásico. Sin usar nunca las libertades de las técnicas nuevas, logra igualmente dar a sus versos, una sonoridad esencialmente indefinida y delicada.

*Siento en lo labios un sabor antiguo,
débil, nocturno, trepidante, inquieto,
alma de un alma que pasó en secreto,
sovia de un tiempo matinal y ambiguo.
Súbeme al alma este sabor, y aprieto
fuerte los labios al placer exiguo,
el tiempo creo aprisionar antiguo,
del tiempo el vértigo en el alma aquieto.
Siento venir un nuevo abrasamiento:
es la ternura de tu larga ausencia,
que olas empuja de mi sangre al viento
y al alma impone una espectral presencia...
¡En la tristeza de mi carne hoy siento
los resplandores de tu adolescencia!*

MUCHACHOS

(Fragmento de novela)

por

Juan José Morosoli

Nunca ha querido abandonar Morosoli ni su trabajo de barraquero ni su ciudad de Mines. Por eso ha llevado como narrador una vida envidiable, una vida ejemplar.

Recuerda la de Anderson, pintando ruedas en Ohio; o la de Gorki, amasando pan en el Cáucaso. Un oficio manual le es necesario a un escritor tanto como una vida anónima y fatigosa. Lo impide corromperse. La resistencia de la materia en las manos que luchan sobre la madera, el hierro, la tierra, completan la enseñanza de los libros. Para un escritor de ciudad —comentaba Anderson— nada es más triste que mirar la absoluta inutilidad de sus manos. Siéntese como un mutilado, se reconoce un parásito y, en el fondo, tiene la oscura convicción de que una verdad simple y profunda del mundo, se le escapa.

Contrariamente a los dos ilustres varahundos mencionados, Morosoli ha querido ser siempre un localista fervoroso. El corredor de automóviles Suelo Sedes le recomendaba cierta vez: «Para ser escritor es necesario recorrer mucho mundo, Morosoli. Sin anda alguna, el famoso volante, como tanta gente, no había podido resistir al ilusorio paraíso de la vida visiera. Se le escapaba esta verdad sutil, casi increíble, que Chesterton ha expresado así: «Desde el momento en que arraigamos en un lugar, el lugar se desvanece. Vivimos como un árbol con toda la fuerza del Universo. El andariego vive en un mundo más reducido que el aldeano. Si queremos entender las cosas no ha de ser como turistas o curiosos; debe ser con la lealtad de los niños y la gran paciencia de los poetas.»

El hecho de que Morosoli sea, de todos nuestros narradores, el que más conoce a los hombres, no resulta entonces de una mera casualidad. Es también el que mejor ha comprendido a los muchachos. Su mundo novelesco está lleno de gente que quiere hacer trabajo en los caminos. ¡Qué mundo tan silencioso y verdaderamente desconocido que se mueven en la orilla de los pueblos: Andada, Lucena, Mundo Chico, Velázquez, Cabrera, etc., innumerables lugares; «Cifelo solo no marchó mucho. Al poco tiempo del mundo pasó en manos de los Italianos. El era así. Lo levantó la cosa quien levanta una piedra del suelo.»

Sus personajes se mueven en los pequeños límites del cas-tel, de la plaza pública, de las plazas, de la calle del pueblo, de los caminos. Muchachos de pájaros de frutas, de gallinas, de amasijo; muchachos, muchachos, muchachos, muchachos, al mismo tiempo prontos que sirven para todo. Y una fina, profunda herida de silencio en todos ellos. Solitarios, aún entre tantos, cuando alguna vez sienten la dicha, ésta parecía ser una de las formas más lentas y transparentes de la tristeza. «Estaban el domingo era

folia. Podía hacerse la comida y estar callado todo el día, sin necesidad de hablar con nadie. Sus personajes, tan naturales y definitivos como los árboles, tienen esa misma manera de envjecer.

Y sobre estos hombres, sobre estos oficios y paisajes, todos entregados al sol y al silencio, la ternura llena de años, de mundo, del narrador. Su inexpressible amargura de ver perderse a estos seres que desean apenas, y que vagabundean con esperanzas, casi ridículas, de tan pequeñas. El estio de Morosoli, tenso como un cable, y de tan contenido, casi seco, algunas veces, con bruscos desplazamientos en el tiempo, adquiere en este magnífico fragmento que honra nuestras páginas, una flexibilidad mayor, una madura lentitud. He aquí tres o cuatro páginas de una delicadeza esencial: por la perfección de sus diálogos que, alborando apenas, se organizan y se completan en el interior del personaje; por la amorosa agudeza del detalle, por la limpidez de los personajes y del escenario. Sin un alente, sin una bravuconada, sin ninguna monstruosidad, sin las tan vapuleadas angustias del hombre y su destino, asombra el valor que una situación trivialisíma recupera en las manos de un maestro.

La novela a que pertenece este fragmento aparecerá en Febrero o Marzo del año próximo. Morosoli ha publicado los siguientes libros: *Balbuccos*, *Los Juegos*, *Los albañiles de «Los Tsapes»*, *Hombres*, *Hombres y mujeres*.

D. L. B.

Cuando llegaron al borde del arroyo les asombró la presencia de dos mujeres. Estaban sentadas frente al arroyo y al sol en poniente, calladas y quietas.

Los muchachos se acercaron al limpión en arco que dejaban los sauces llorones y permitía el fácil juego de líneas y cañas.

—Buenas tardes, saludaron.

Las mujeres respondieron. Luego callaron los cuatro.

Perico palmeó una lombriz, «encarnó» y lanzó la línea. En seguida levantó un mojarra, no más grande que una hoja de sauce, vibrante y plateada.

Las mujeres se levantaron, súbitamente interesadas. De la contemplación plana del agua encendida de luces, pasaron a una viva mirada aguda.

Ya Julián levantaba otro pescadito.

Se cercaron las mujeres arrastradas por el juego de la hojita viva y brillante en el aire.

—¡Qué lindo!

Se acercó Perico:

—Si lo quiere...

El pequeño pez, eléctrico de espasmos, cayó en la palma de la mano extendida.

Una rísa, nerviosa y clara, bajó hasta la mano de la mujer. Se acercó a la otra.

—La mano, la mano —reclamó— sentí qué cosa más linda!

Eso fué natural, tan natural, que no fastidió a los muchachos siempre en guardia por «las bobadas de las mujeres».

—Lástima que se mueren en seguida...

—Sí. Lástima.

Tras un silencio. Una de las mujeres preguntó:

—¿Quiere que traiga una lata?

—Por mi...

La mujer caminó unos pasos y volvió con una lata oxidada que la crecida había dejado sobre la resaca. Después fueron poniendo los peces dentro.

Ellos estaban al borde del arroyo. Algunos pasos atrás, en la cuna del barrancón, ellas aguardaban el envión que los pescadores imprimían a la caña para «clavar» los peces, la que luego levantaban izando la línea, con el pescadito que ellos desprendían del anzuelo entre risas y exclamaciones de lástima y júbilo.

El sol en poniente encendía la barranca y esculpía la figura de las mujeres en la luz. Ellos las veían en el medio del espejo de la laguna, mitad de sombras sin mujeres y mitad de luz donde ellas danzaban borrosas y sin bordes, entre un arco de sauces invertidos.

Ellas contemplaban el movimiento casi rítmico de los pescadores «picando» en el cardumen. Eran seguros los golpes del brazo extendido, secos y cortados, para luego elevarse en el envión, que entregaba la pequeña hoja viva que ellas recogían, y encorvándose dejaban caer en la lata.

Nadie hablaba. En la laguna en sombras iban estallando las estrellas. Desde el campo venían balidos tranquilos que sólo revelaban el silencio.

La lluvia quieta del saucedal a veces lamía una estrella disolviéndola un segundo para dejarla luego hamacándose.

Habló Julián. Se dirigió al compañero. Olvidado de las mujeres.

—¿Vamos pa las cortadas?

—Vamos.

—Prendé el farol.

Fué entonces que una de las mujeres, devuelta de golpe a la realidad de aquella escena en la que había otra mujer y dos hombres, dijo:

—¿Ya se van?

Había desconsuelo en la pregunta.

—Sí, vamos a pescar a las lagunas cortadas...

—¿Es lejos?

—Ahí nomás. ¿Ve?

Las lagunas tendidas hervían de colctazos y reflejos. Un millón de estrellas que los peces deshacían a colctazos, estiraban serpentinas de luz. En el pincel del follaje de los álamos distantes, la luna roja se desangraba.

Estaban los cuatro frente al paisaje quieto, de una realidad de sueño.

—¿Podemos ir? — pidió una mujer.

Ahora la voz era distinta de la otra. Una voz oscura, de felpa, vos para ir cerca y abrigar, cansada.

La otra que parecía volver luego de escrutar el pensamiento de los muchachos:

—Nos estaremos calladas...

Esta era distinta de la otra, de cristales caminadores, viajera y joven.

—Y... bueno, si quieren...

Ellos adelante. Sin hablar. Perico con las cañas al hombro. El otro con el farol colgando cuya luz cortaba con sus pasos.

Llegaron. Julián paró unas chavamucas y prendió fuego. Acercó unas piedras y colocó una pava.

—Bueno, —dijo, hablando consigo mismo—. Vamos a ver...

Y arrojó un aparejo a la laguna. Perico se movía familiar, yendo y vi-

niendo por allí, trayendo leña, sin duda ya arrimada. Ensartaba el asado. Paraba el asador alejado de las llamas amarillas y crepitantes.

Terminó. Sin duda mientras trajinaba preparó la pregunta, salvándose del silencio y la ansiedad de saber algo de aquellas dos mujeres que estaban allí y era cosa de no creer.

—Ustedes andan perdidas, sin duda.

—¿Perdidas?

—Digo yo... Porque...

Se apresuró la de la voz joven:

—Salimos a pasear por la orilla...

Hablaba la otra ahora. Lentamente:

—Caminamos y caminamos... y después nos sentamos...

Julián intervenía apurado. Comprendía que las mujeres iban a terminar por confundirlos, con lo que no lograrían saber nada.

—Pero ustedes no son de aquí...

—No... Pero ahora estamos aquí.

—¡Ajá!

—Pero, del todo están aquí?

Muy pensosamente la de la voz de felpa:

—...¡Vaya a saber!... A lo mejor por mucho tiempo... o por poco.

Los dos muchachos se quedaron callados. Recién ahora comenzaban a necesitar saber. Recién ahora empezaban a estar en la realidad. Recién ahora pensaban en Zelaya, que a lo mejor venía —como siempre venía— con «La Mariposa» y su cencerro y su jarro de barro vidriado con un letrero celeste que decía: Recuerdo.

Ya no decían más nada las mujeres. Y a ellos les resultaría más difícil —cada momento era más difícil— comenzar a preguntar.

Como resignado, dijo Perico:

—Bueno... Empezá el mate.

El otro aprontó el mate. Cebó y se lo extendió al compañero.

—Tomá.

El otro, con la presencia de las mujeres que ya ahora no podían quitarse de la realidad, le pareció bien ofrecerlo.

—¿Ustedes apetenecen?

—No. Nosotras no podemos...

Los pensamientos de Perico tropezaron aquí. Anduvieron dando vuelta en torno a la contestación, pero volvían sin revelaciones. Andaban caminando y tropezaron con aquella piedra: no podemos.

Bueno.

Vino una zambullida de la boya. Como estaba alejado por aquellos pensamientos, cuando se incorporó y tiró, ya el pez salía del pique. Esto lo fastidió:

—¡Carajo! ¡Empezamol!

Advirtió recién lo grosero de la expresión. Se volvió rápido a las mujeres:

—¿Vé? Tamo acostumbrados a estar solos...

La de la voz clara preguntó, desentendiéndose de la situación:

—¿Usted habló?

—Sí... Como dije un disparate...

En la casa distante se encendió un farol. El cencerro de la vasa comenzó

A gotear su ruido en la noche. Luego un farol comenzó a danzar. Era el vasco.

—Mirá, dijo Julián. Viene el vasco.

—¡Vamos! — dijo una de las mujeres.

Aprovechó Perico:

—¿Se van?

—Sí. Quién sabe lo que piensa el hombre... Ustedes son dos muchachos.

—¿No se perderán?

—El camino es fácil...

Comenzaron a caminar. Habían dado ocho o diez pasos, cuando la de la voz oscura —la mayor sin duda— se volvió:

—Gracias, muchachos... Que tengan suerte...

Se fueron borrando sus trajes claros. Ya no se sentían apretados por aquella angustia que les nació cuando pensaron que el vasco podía encontrarlos allí, solos. y con dos mujeres.

MI HERMANO DANIEL

por

María Inés Silva Vila

María Inés Silva Vila es oriunda de Salto. Su juventud no le ha impedido una destacada actuación en sucesivos certámenes literarios. Se reveló como escritor el 1946, obteniendo el tercer premio en un concurso de cuentos organizado por «Marchas», con «El espejo de dos lunas». El 1948, en el concurso del mismo género organizado por la Asociación Cristiana, logra el primer premio con «La muerte tiene mi altura». Otro de sus cuentos, «La mano de nieve», fué especialmente mencionado en el certamen que realizó nuestra revista en el presente año. Al margen de competencias de esta índole, «El mirador de las niñas», aparecido en «Marchas», es considerado como el mejor de sus cuentos, no gustando en cambio «Ultimo coche a Fraile Muerto», publicado en la revista «Escritoras».

En el cuento que damos a continuación, la autora ha logrado en su narración la atmósfera que envuelve y organiza en una misma línea, lo real y lo soñado. En esa atmósfera el cuento respira y adquiere vida propia.

D. L. B.

Hace unos meses que viajo y aún no he podido llorar. Desde que subí al tren, junto con las casas y los árboles que asoman por la ventanilla, aparece un paisaje distinto, aurente —las callejuelas, la plaza, los jardines de mi pueblo— donde resbalan lentos, los rostros familiares, y entre ellos, el pequeño rostro de mi hermano Daniel.

Cuando yo dejé al pueblo hace dos años para completar mis estudios en la capital, Daniel tenía solamente ocho. Se me hace difícil pensarlo de otra manera que como era entonces y sin embargo sé que ha muerto. No he recibido noticia alguna, pero estoy segura. Sé que al llegar no lo encontraré jugando en la calle, ni adentro, en la casa. No lo encontraré porque ya no estará. Sólo podré visitar su tumba. Pero nunca más se nos verá juntos, como antes, cuando éramos inseparables.

El casi no tenía amigos y yo aborrecía a las muchachas de mi edad. En invierno, como estudiábamos, casi no salíamos, a no ser a clase. Yo le enseñaba a hacer los deberes y le dibujaba hermosos títulos de colores, que eran la envidia de sus compañeros. Siempre hacíamos un alto en el trabajo para jugar o conversar un rato. A él le gustaba hablar de lo que sería cuando grande; no era nada constante en sus aspiraciones. A veces quería ser pescador; otras, millonario; otras, un escritor famoso. Recuerda que en los días de lluvia le tocaba ser escritor.

En verano quedábamos totalmente libres. Casi siempre íbamos a Numa,

a casa de Eloísa, una hermana de mi madre. Dentro de un rato pasaré por Numa; veré el pequeño puente del arroyo que corre paralelo a la vía y las dos manzanas de casas de ladrillos. La de mi tía Eloísa quedaba muy cerca del arroyo, al lado del almacén de Samuel. A veces nos levantábamos antes del amanecer y nos escapábamos hasta el puente, a esperar la salida del sol. No teníamos miedo porque era imposible tenerlo: caminábamos por la callejuela protegida por la doble hilera de casas y subíamos al puente. Casi siempre entrábamos en la casilla del guarda y nos quedábamos un rato. Era un buen hombre. Nos convidaba con caramelos. Aún no sé cómo podíamos comerlos; eran de esos caramelos de colores —los llamábamos caramelos pintados— que sólo se comen en la niñez. Creo que fueron estos caramelos los que motivaron que lo bautizáramos de nuevo con el nombre de El Pintado. Lo cierto es que el nombre le venía muy bien porque su cara era una sola masa de peras anaranjadas.

Un día la salida de sol coincidió con el pasaje del primer tren: desde la ventana de la casilla lo vimos recorrer uno a uno los techos de los vagones, hasta que quedó solo nuevamente y nos pareció que caía un poquito en el cielo y se apoyaba en la ladera de la colina.

Generalmente decidíamos la suerte del día al salir de la casilla de El Pintado, recostados en la bañanda del puente, mirando el arroyo que corría a nuestros pies. Podíamos pedir a Samuel que nos llevara en el carro del reparto, o ir a pescar, o hacer un picnic si tía Eloísa nos preparaba el almuerzo temprano: podíamos también salir a cazar bichos o ir a visitar al cura (en Numa había un cura pero no había Iglesia).

Así pasaban los veranos. Regresábamos a casa para Semana Santa: la escuela y el Liceo empezaban antes, pero nosotros faltábamos unos días. Mi madre, el jueves y viernes de Semana Santa nos llevaba a la Iglesia. Oíamos el Sermón de las Siete Palabras y el Sermón de Soledad. A mí me gustaba escucharlos y lloraba mucho porque me sentía aludida en ellos y por lo tanto, me consideraba nor un rato como una pecadora irremediablemente perdida. Daniel en cambio creo que se aburría un poco.

El sábado, mi madre casi nunca iba a Misa de Gloria, porque como era de mañana tenía mucha tarea en casa. Ibamos nosotros dos solos. Como la Misa es muy larga y no hay obligación de escucharla toda, llegábamos un rato antes de terminar. Cuando después de la Misa la gente empezaba a retirarse, aparecían por el lado derecho del altar mayor —la puerta de la sacristía— un cura de barba blanca, el padre Felipe y dos novicios. Se acercaban a cada uno de los altares y con una escalerita por la que subía el más joven descubrían las imágenes. Después hacían una nueva recorrida y los novicios doblaban los paños violetas, mientras el padre Felipe estiraba cuidadosamente los encajes del altar que habían estado plenos toda la semana ocultando, como un pecado, una carpeta de terciopelo rojo, y levantaba los cuadros de los Evangelios que aún permanecían boca abajo.

Parecía que todas las cosas habían estado en penitencia y que daban de pronto, en común, un suspiro de alivio. La Iglesia recobraba su aspecto de siempre. Entonces el padre Felipe se acercaba al lado izquierdo del altar mayor, a aquella puerta que yo había visto cerrada todo el año. Por un instante se oía solamente el tintineo de las llaves en su mano y luego la puerta se movía, chirriando hacia atrás. La primera vez que la vimos abierta nos acercamos

espacio y nos arrodillamos en un altar. Confieso que tenía un poco de vergüenza, pero mi curiosidad la vencía o por lo menos la reservaba para cuando hubiera pasado ya todo. Una puerta siempre cerrada en una Iglesia provoca las ideas más extrañas. A Daniel se le había ocurrido que allí debían guardar una capilla ardiente. Yo no sabía bien, pero sospechaba que esa era la puerta de un convento fantasma, así como la puerta de la sacristía, que se abría y cerraba a cada momento era la puerta de un convento de verdad. Por desgracia debo decir que cuando vi el interior de aquel misterio, me desilusioné un poco. Sé, sin embargo, que si no hubiera imaginado a su propósito historias extrañas hubiera experimentado una sensación bien distinta. Era un cuartito pequeño, o por lo menos la pared del fondo, que era la única que veíamos, se levantaba muy cercana a la puerta. En esa pared, totalmente gris, se recostaba un santo de mármol. Recuerdo que me dió mucha pena este santo desterrado que debía suspirar día y noche por volver a su antiguo sitio, en algún lugar de la Iglesia. A su derecha, un candelabro dorado abría sus brazos, sosteniendo tres cirios gigantes. Todo esto lo veíamos la mayor parte de las veces por sectores, cambiantes según los continuos desplazamientos de los tres religiosos que seguramente acomodaban los cortinados violetas en algún estante invisible para nosotros. Cuando salieron, el padre Felipe quedó atrás y se volvió para cerrar la puerta. Lo último que vi fué una rápida mancha gris. Después, los tres pasaron detrás de nosotros y se alejaron. Miré la puerta cerrada. Detrás de ella, apareció de nuevo el conciliábulo de los curas fantasmas.

Cuando recuerdo todas estas cosas la cara de Daniel, un poco más abajo de mi hombro, junto a mi, frente a mi, detrás de mi, en la Iglesia, en el comedor de casa, en el puente de Numa se me aparece clara, viva, con el cabello castaño y los grandes ojos que me sonríen, que me miran, y que terminan por ocultarse bajo los párpados, mientras la cara se endurece y permanece en un gesto, en un lugar, en una palabra que no dice y no sé bien cuál es. Daniel ha muerto. No debí dejarlo. No es que yo pudiera cuidarlo mejor que mi madre. Pero nosotros éramos inseparables y la muerte no hubiera podido sorprenderlo ni un momento solo. No creo que se hubiera atrevido contra los dos. Sé que todo esto es más o menos disparatado, pero lo siento así. Cuando me separé de él me sentí demasiado triste: seguramente supe de algún modo que no lo vería más, hubo algo en mí que me lo dijo y me hizo llorar al despedirme, y sin embargo me tranquilicé pensando que eran trampas que me ponía a mi misma para poder quedarme. Y fué este último pensamiento el que me dió el empuje final: yo quería ser una mujer fuerte e independiente y no una niña sensible. No podía tolerarme cosas de esa índole. Debía marcharme aunque me fuera insoportable estar lejos. Sabía con cuantos sacrificios habían ahorrado mis padres el dinero y ahora no iba a defraudarlos; estaría aquellos dos años en la capital y terminaría mis estudios. Recuerdo que hice todo el viaje llorando. Yo nunca había estado sola. Sabía que iba a cometer muchos errores y que tendría que dar la cara, sin la ayuda de nadie; sola, con el dinero justo para la pensión y el tranvía.

Los primeros días me instalé en el centro, en un hotelito que mi padre me había conseguido por carta. Pero me resultaba demasiado caro. En la Universidad me relacioné con algunos estudiantes que estaban en las mismas condiciones que yo y que me hablaron del barrio de San Pedro. Era un barrio obrero, en el lado este de la ciudad. Tenía el inconveniente de quedar tres cuartos de

hora del centro, pero se podían alquilar piezas extraordinariamente baratas. Se trataba de averiguar si había alguna para mí. Aquel mismo día, a la salida de clase, tomé el tranvía para San Pedro y padecí el primero de sus interminables recorridos.

Cuando me bajé, me encontré en una plaza pequeña y redonda, con bancos rojos y un cantero en el centro. Frente a mí se levantaba una Iglesia. Me gustó desde el primer momento porque me recordaba a las cosas de Numa: era una Iglesia de ladrillos, angosta y alta. Las ventanas, ovaladas, eran de vidrios de colores. En la torre descansaban las campanas, quietas y silenciosas. Alrededor de la Iglesia se extendía el barrio. Las casas, en su mayoría eran de madera, con jardincito al frente. Llamé a la primera que encontré y pregunté si alquilaban piezas. Me atendió una mujer gorda, de lentos, que tejía sin cesar mirando por encima de los cristales. Apenas se fijó en mí.

Los puntos verdes se acomodaban unos al lado de los otros, mientras las agujas de metal relampagueaban, entrechocándose. No tenía cuarto disponible, pero me dijo que tal vez pudiera arreglarme con Doña Ana, que era una buena amiga suya.

—Si usted quiere, claro, si usted quiere —repetía—, como explicando que a ella no le importaba mucho. Con todo, se ofreció a acompañarme a casa de su amiga. Como no se resignaba a abandonar del todo su tejido, lo colocó bajo el brazo y así marchamos por la callejuela. Cuando llegamos golpeó la puerta con los nudillos. Cada golpe lo acompañaba, gritando: —«Doña Ana, tenemos visitas». Me acuerdo de todo esto, como si hubiera sucedido ayer. Doña Ana era también regordota, como mi guía. Vestía un batón de grandes flores —parecía una japonesa— de género ordinario, brillante. A pesar de su modo jovial me pareció enormemente vieja y no sé porque le tuve desde el primer momento una especie de asco que podía provenir de su traje o de su pronunciado olor a agua de colonia. Podía alquilarme una pieza. —«Y a la calle, señorita, a la calle, con ventana, no es un cuarto cualquiera! Pase, pase».

El corredor era oscuro, de baldosas coloradas. Abrió una puerta y entró. Detrás pasamos mi guía y yo. Era una habitación chica, pero como decía Doña Ana tenía ventana y eso era muy importante. Lo primero que ví fué un armario. Contra una de las paredes había una cama turca, cubierta con una frazada azul, que desaparecía en la cabecera bajo la almohada y el dobléz de la sábana, todo muy prolijo. El centro del cuarto lo ocupaba una mesa y una silla; sobre la mesa había una jarra con agua y un vaso. Las paredes estaban cubiertas en muchos lados por paisajes recortados de revistas: montañas nevadas, bosques, arenales, muchachas haciendo ciclismo, se mezclaban allí e intentaban resumir el mundo. Si uno fijaba la vista en un paisaje marino se encontraba con que de pronto, antes de tiempo, había saltado la tierra y transformada de lobo de mar en perro danés, remontaba un caminito soleado. Aquella misma tarde, después de arreglar las condiciones con Doña Ana, fui a buscar mi equipaje al hotel. Regresé a las siete de la tarde. Decidí dejar cerradas las maletas hasta el día siguiente. Estaba cansada y me sentía incapaz de trabajar en nada, ni siquiera en ordenar mi ropa, mis pequeños recuerdos, en el armario.

Los días que siguieron los repartí entre mis clases, mi estudio y los trabajos que demandaba mi instalación. Como tengo muy poca habilidad, perdí muchos ratos en encontrar el lugar de cada objeto. Por ejemplo, fué un problema dar con el sitio de honor que correspondía al retrato de mis padres. De

Daniel no tenía más que una fotografía pequeña, que llevaba en la cartera. Con tantas cosas para hacer, el día me resultaba corto, lo que era una suerte, porque casi no me quedaba tiempo para extrañar. Como viviendo en San Pedro ahorraba algún dinero por mes, podía ir los domingos a algún cine, en el centro. Una o dos veces salí con una compañera, pero me resultó insoportable y traté de evitarla. Prefería estar sola; creo que me gustaba un poco, que por momentos me parecía novelesco. En época de clases me pasaba toda la tarde en la Universidad. Volvía a las ocho, a cenar. Cuando llegaba, la comida estaba sobre la mesa, esperándome (yo había arreglado con Doña Ana para comer en mi cuarto; me resultaba más cómodo).

Pero cuando un tiempo antes de los exámenes, debía de ir a clase, mis días transcurrían entre la mesa y la cama turca, desde donde se veía la torre de la Iglesia y las campanas quietas o balanceándose en el aire, quebrando el silencio del barrio, tres o cuatro veces. Así pasaron estos dos años. Ahora sólo me faltan dos exámenes para terminar, pero sé que no volveré. Estos últimos días han destruido mi voluntad y mi decisión. No hay ser humano que resista ciertas cosas y la conciencia de esto me impulsa, como una criatura, a los brazos de mis padres.

Aquello empezó una de esas veces en que yo descansaba tirada en la cama. Era el Domingo de Ramos. Pensaba que hacía mucho tiempo que no iba a la Iglesia. Me sentía culpable, triste. Contemplaba el dibujo de la última campanada, cuando oí aquel sonido extraño. Primero fué casi imperceptible, después fué como un lamento. Venía del tabique que separaba mi cuarto de la casa de al lado. Era un tabique de madera, con las tablas verticales pegadas unas con las otras. —«Alguien está enfermo»—, pensé, e inexplicablemente sentí miedo y ganas de llorar. Ya no se oía nada. Entonces me acerqué. Fué de pronto, como si solo se hubiera interrumpido para atraparme cuando yo no pudiera escapar, que empezó de nuevo: ahora me parecía un lamento, alguien estaba tocando un órgano. Hasta podía escuchar el ruido de los pedales. Aquella música llegaba hasta mí con toda claridad: yo no la había oído nunca. Era muy triste, y a la vez muy suave. Llena de bajos profundos, doloridos. Se abría paso inventando días de lluvia, carrozas mortuorias, cortejos enlutados, que permanecían a mi alrededor como si realmente existieran. De pronto, una nota sonaba alta, límpida, y hacía vibrar en el aire el rostro de un ángel. Cuando se detuvo me quedé un rato junto al tabique, esperando. No me podía explicar de donde venía. La casa de al lado era de apariencia más pobre que la de Doña Ana, y era imposible que sus dueños poseyeran un órgano. Al día siguiente pude estudiar muy poco. Estaba nerviosa e inconcientemente esperaba que cada momento fuera el primero de aquella misteriosa música.

Sin embargo hasta la noche no ocurrió nada. Después de cenar me dispuse a escribir a mis padres. No me permití anotar más que la fecha: empezó más fuerte, más decidida que el día anterior. Un coro de niños entonaba un canto sereno, puro, como los que seguramente se oyen en el Paraíso. Yo no podía entender las palabras que pronunciaban, pero sé que eran palabras santas.

Cuando terminó saltó rápido, vibrante, como una nota más, un momento de silencio que quedó allí, inmóvil, sin posibilidad de prolongarse, ahogado por un ruido de bancos como el que se oye en las Iglesias cuando la gente llega o se retira. Después se oyó un murmullo. Sin querer, sin razón, como si en verdad estuviera en la Iglesia, pensé: «Ahora están rezando el rosario».

A la otra mañana amanecí con fiebre. Había pasado una noche atros. Me tranquilicé pensando que no había encedido nada, que con seguridad hacía días que estaba enferma y que por eso oía cosas raras. El azar o lo que fuera me dió tres días de tregua. En esos días me repuse un poco. Leí algunos poemas, algunos cuentos, pero me resultó imposible estudiar.

El Viernes Santo amaneció lluvioso. Después de almorzar abrí el libro y empecé a estudiar. No podía pasar de la primera página. Advertí que aún estaba nerviosa, pero pensé que no debía darle importancia. Decidí hacer un resumen de algunos temas ya sabidos, ayudándome con los títulos y los subrayados del libro. Me parecía un trabajo mecánico, al que no era necesario prestar tanta atención. Tracé varias llaves en el papel con el lápiz rojo, correspondientes a distintos períodos históricos. Hacía media hora que estaba trabajando cuando oí nuevamente, con toda claridad, aquel ruido como un arrastrar de bancos. —«Va a suceder de nuevo», pensé. Me quedé con el lápiz en la mano. la punta apoyada sobre el esaderno. No me atrevía a levantarme como si la inmovilidad pudiera impedir que aquello que se sentía venir seguro, inevitable, siguiera su curso. Yo esperaba oír el órgano o el coro de niños, pero sólo escuché unos pasos como cuando alguien sube una escalera. Después se levantó apenas una voz. Desde donde yo estaba no se podían distinguir las palabras. Conseguí llegar al tabique. En ese momento decía: —«Hoy estaré contigo en el Paraíso». Fué entonces que se me ocurrió lo que tenía que hacer: sobre la mesa había un pequeño puñal, que yo utilizaba como cortapapel. Lo tomé y lo hundi en una de las junturas del tabique, que ya estaba un poco abierta. Hice saltar algunas astillas hasta que quedó una hendidja, por la que se podía mirar. Del otro lado aparecía, como yo esperaba, un templo inmenso. Pero era un templo extraño, sin columnas, sin santos, ni habitantes. Junto al púlpito, también vacío, había un órgano. De pronto advertí que sobre las paredes, donde debían estar los altares se recortaban sombras negras, movedizas. Cuando se despegaron de la pared y avanzaron hacia la nave central descubrieron su verdadera personalidad: no eran simples sombras, eran hábitos sueltos, con vida propia. Sé que no escondían a nadie dentro, porque había momentos en que se afinaban tanto que dibujaban solamente una línea vertical en el air. De repente, uno de ellos bajó la escalerita del púlpito, escalón por escalón, como si fuera un hombre. Ya hacía rato que se oía el órgano: sobre los pedales había una mancha oscura, como un animal arrollado. Cuando ví que alguno hábitos venían hacia mí pensé que me habían descubierto. Aterrorizada abandoné mi puesto de espionaje y salí corriendo del cuarto; crucé de un salto el corredor y en un momento estuve en la calle. Tenía que averiguar la verdad o enloquecería.

La casa de al lado tenía la apariencia de siempre. Al entrar me encontré en un patio descubierto, al que daban cuatro habitaciones. Sólo una podría ser la que me interesaba. Tenía la puerta entornada. Sin llamar, la empujé y entré. Apenas se veía. Seguramente estaban las persianas cerradas. Con todo distinguí una cama en un rincón y un hombre sentado junto a ella. Cuando me acercé me di cuenta que estaba dormido, la cabeza entre los hombros y los brazos pesando a los costados. En la cama, entre las frazadas, aparecía la carita de un niño. Tendría nueve o diez años. La edad de Daniel. Fué entonces, verme, allí, junto al padre que dormía sin saber nada, que supe que Daniel cuando pensé esto y ví los ojos fijos y abiertos del niño que me miraba sin

había muerto. Comprendí repentinamente todo lo que había sucedido y sin embargo me sería imposible explicarlo. Solamente sé que su motivo, su significación, está en la muerte de Daniel. Quisiera poder llorar. Sé que voy a llorar ahora o dentro de un rato, no importa cuando. Estamos llegando a Numa. Yo siempre había venido en dirección contraria, desde mi pueblo, pero para mí estos árboles, este arroyo, este puente, son inconfundibles de cualquier lado que los mire. Ya estamos. El tren se detiene. En el puente hay unos niños apoyados en la baranda, mirándonos pasar. Sólo paramos unos minutos que dedico a recorrer el puente con la vista, situando algunos de mis recuerdos en su lugar de origen. Allí está, casi al principio de la callejuela, la casa de mi tía. Veo nada más que el jardín y una parte del frente. Nos ponemos nuevamente en marcha. Otra cabeza aparece sobre la baranda del puente: es Daniel. Lo llamo pero no me oye. Ya estamos lejos. La alegría de haberlo visto me evitó la sorpresa y el susto. Me equivoqué, eso es todo: no ha muerto. Soy yo la que estoy enferma y quiero estar en casa. Daniel tenía el mismo pull-over azul que llevé a la estación al despedirme, hace dos años. Cuando llegue a casa le pediré a mi padre que lo vaya a buscar, o tal vez lo haga yo misma mañana. Así también, de paso, puedo ver a tía Eloísa y a Samuel y al Pintado. Al cura no lo iré a visitar hasta después, cuando pasen unos días. Antes quiero tranquilizarme, hablar de todo esto con mi madre. Me hará bien contárselo. A Daniel pienso mimarlo mucho: a pesar de haberlo visto, de saber que está vivo, me ha quedado un terrible miedo de perderlo. Siento que le debo una reparación por haberlo pensado muerto.

Por la ventanilla van apareciendo las primeras casas de mi pueblo. Rección advierto que he dejado todas mis cosas, mis libros, mi ropa. Al regresar de la casa de al lado no atiné a recoger más que el poco dinero que me quedaba y que, gracias a Dios alcanzó para el pasaje. Pero no importa: mandaré buscar todo. Me parece mentira estar de nuevo en casa. ¡Qué sorpresa van a tener! No me iré nunca más. El tren pierde velocidad. Una escudida y se detiene. Me asomo por la ventanilla y veo la pequeña estación con la gente esperando sentada en los bancos. Ya abajo, cruzo corriendo la estación y no me detengo hasta encontrar un taxi:

—Olmedo número 35, digo al chofer.

Las calles, las casas, la plaza, todo tan hermoso, tan tranquilo y familiar. En esta esquina había una casona antigua.

Pasábamos con Daniel para ir a la Iglesia y robábamos jazmines para la Virgen. No creo que fuera pecado. Ahora hay un chalet blanco, extranjero. Es una pena.

—Ya llegamos, señorita.

Yo ya lo sé. Sólo que me he quedado mirando: el portón verde, el jardín, el ventanal del patio. La puerta de calle está entornada. Recuerdo que antes estaba siempre abierta. No sé porque esto me entristece, como si fuera una mala señal.

Paso al chofer y abro el portón. El mismo chirrido de antes. Al cruzar el jardín la falda se me enreda en las ramitas de las plantas. De pronto, la puerta entornada se abre. Aparece mi madre. Yo me quedo mirando su figura encorvada, envejecida y su ropa de luto.

Cuando la abrazo, confirma mi miedo, llorando:

—¡Hijita, tu pobre hermano!

PAGINA DEL ESTUDIANTE

POEMA

por

Carlos Alberto Mourigán

Carlos Alberto Mourigán, nacido en Montevideo, cuenta actualmente dieciocho años y es estudiante de Preparatorio para Derecho.

Hay momentos en que un cuerpo
es el ámbito mismo de la lluvia,

en que es posible asir
el vuelo de un pájaro,

cuando todo entra al avatar
de las nubes,

en que causa tan íntima amargura
el deseo.

Nadie le ha visto, entonces,
descender a lo profundo
por la noche abierta en el dolor,
descansar un latido en lo verde
y alejarse por el sueño.



Lino Ferreira Goró

ESCRITORIO COMERCIAL

Coordina

**Compra venta campos
Cereales y Productos
Agrícolas Ganaderos**

OFICINA:

Florencio Sánchez 1193
Teléfono 437

CASA PARTICULAR
J. P. Varela 820 — Teléfono 44

Mercedes

Caja Popular de Mercedes

Una Institución al servicio de la industria del Departamento.

toda clase de
operaciones bancarias

Utilice su amplia red de
giros y traspaos de fondos

COLÓN 214 MERCEDES

"Palacio de la Mecánica"

Maquinaria agrícola
nueva y usada

Accesorios y repuestos
Talleres Mecánicos

WALTER MARTINEZ

Ferrería 1186 Tl. 640
Mercedes

Fémima S.A.

Montevideo

Chocolate para comer crudo

Pídalo en todos los comercios

4 frutas, avellanas, leche, etc.

Casa ZANATTA

de ULISES ZANATTA

Ferretería, Pinturería, artículos
sanitarios, Menaje, Bazar
Electricidad

FABRICA DE PLUMEROS

Roosevelt 738 Tl. 697

FARMACIA

FERNANDEZ GENOLET

Servicio Nocturno permanente
sin alteración de precios

T. A. M. E. R.

Transportes Asociados Mercedes

Mercedes - Montevideo

Florida y T. Gomensoro

Teléfono 896

Mercedes

Arequite 2134 Ute 26207

J. L. Terra 2708-Ute 26652

Montevideo

Talleres Metalúrgicos,
Ferretería Agrícola,
Grasas y aceites
TEXACO
Molinos a viento
Niquelados.
Pinturería

**Luis Broggi
e Hijo**

Exposición y Venta:

Rodó 835 - UTE 363

CASA PABLO MARTINEZ

de

Oscar Martínez & Cia.

Agentes exclusivos de
maquinaria **MOBILE**

Telefono 457 Mercedes

PROFESIONALES

Dr. RAÚL GONZALEZ

Odontólogo—Rayos X

Roosevelt 671 Mercedes

Dr. CARLOS M. GARMENDIA

CIRUJANO DENTISTA

Artigas 385

Racina holandesa recién recibida de la famosa marca PHILIPS

Elija el modelo de su predilección

Adquiera el último modelo de batidora familiar

FERROS MALT

le ofrece este equipo netamente americano al más bajo precio.

Entrega inmediata

Cazalas Hnos. & O'guin

Rodó 730 Teléfono 868 Mercedes

Dr. A. MENDEZ MODERNELL

Dentista

Ituzaingó 335 Mercedes

Mario Bellini

Agrimensor

Colón 188 Teléfono 650

JUAN C. VOLONTERIO

Profesor de Piano

Colón 163

Pedro C. Besuzzi

Escribano

Colón 285 Mercedes

Luis R. Invernizzi

Escribano

Roosevelt 672 Mercedes